

hermano menor, a quien consideraba mi único compañero, todavía no contaba cinco años, creyéndosele demasiado chico para salir conmigo. No me importaba que nadie me acompañara. Muy pronto en mi infancia había adquirido la costumbre de andar solo, de divertirme a mi manera. Y fué después de años, cuando tenía alrededor de doce, que mi madre me manifestó la ansiedad que le causaba esta particularidad mía.

Ella la había notado al vigilar lo que hacían sus hijitos fuera de la casa. Me llamaban y buscaban. En no pocas ocasiones encontrábanme escondido, lejos, en algún lugar de nuestro monte. Acentuó mi madre su vigilancia, y tan pronto notaba mi ausencia, me seguía secretamente y me sorprendía en actitud contemplativa, durante minutos y minutos, entre los altos yuyos o bajo los árboles, con la mirada fija en el vacío.

Al principio, mi conducta la afligió mucho, pero experimentó gran alivio y hasta júbilo al descubrir que mi actitud se inspiraba en motivos que ella comprendía y sabía apreciar. Yo contemplaba cosas y seres vivientes, tal vez un insecto, mucho más a menudo un pájaro, un par de papamoscas colorados, por ejemplo, construyendo el nido de liquen en un duraznero, o alguna otra bella cosa por el estilo. Y como mi madre también amaba todas las bellas cosas vivientes, quedó muy satisfecha al darse cuenta de que yo no era un excéntrico ni un raro como hasta entonces había estado temiendo.

La multiplicidad de las calles adquiría contornos demasiado complejos para mí cuando salía. Me perdí, a poca distancia de la casa en que nos hospedábamos, la primera vez que me aventure a salir solo. Desesperado de poder regresar al punto de partida, empecé a gritar, ocultando el rostro sobre un poste situado cerca de la vereda. Al instante me vi rodeado por una cantidad de peatones. Vino un vigilante, que llevaba chaqueta azul con botones dorados y una espada pendiente del cinturón. Tomándome del brazo, me preguntó con voz autoritaria dónde vivía, requiriéndome el nombre de la calle y el número de la casa. No pude contestarle, y asustado ante aquel hombre, que por su tremenda espada, los grandes bigotes negros y su áspera voz se me impuso, eché a correr bruscamente, encontrándome de nuevo en mi casa, con gran sorpresa y alegría, tras una carrera de seis u ocho minutos.

Nosotros vivíamos con unos amigos ingleses. Domiciliábanse cerca de la costa, o lo que se consideraba así a aquella parte de la ciudad que daba al Río de la Plata, río que parecía un mar, sin ninguna orilla visible a lo lejos. Como él, tenía sus mareas, diferenciándose solamente en el matiz de las aguas: colorado barroso, en lugar de azul o verde. La casa era cómoda. Al igual de la mayoría de las de aquella época, tenía un gran patio de baldosas rojas. Lo adornaban pequeños limoneros y arbustos, con flores de variadas clases. Las calles de la ciudad, derechas y angostas, hallábanse adoquinadas con piedras redondas, del tamaño de una pelota de fútbol. Las aceras, eran de ladrillo o baldosa y tan angostas, que apenas cabían en ellas dos personas caminando de frente. A lo largo de las veredas, de cada lado de la calle, había filas de postes, puestos a una distancia de diez metros entre uno y otro.

Tan curiosa fila de postes movía a risa a los extranjeros. Se trataba, sin duda, de restos de los tiempos antiguos, cuando se extendían sogas de cuero crudo a lo largo de las aceras, para proteger a los peatones de los caballos desbocados o del ganado arisco, traído por los gauchos, de afuera; y para librarlos de otros peligros propios de tan estrechas calles. Dado el pavimento que tenían, éstas debían haber sido las más ruidosas del mundo, a causa de la inmensa cantidad de grandes carros sin elásticos que allí circulaban. ¡Imaginaos la atronadora baraúnda

causada por una larga procesión de estos carros, cuando volvían vacíos y cuando los carreros, como a menudo sucedían, apuraban sus caballos al galope, y cómo golpearían y atronarían sobre las enormes piedras redondas!

Frente a nuestra casa había una iglesia, de las más grandes entre las numerosas que contaba la ciudad, y uno de mis más prístinos recuerdos se refiere al festival anual realizado en ella el día del Santo Patrono.

La iglesia quedó abierta todo el día, pero el servicio principal debía realizarse alrededor de las tres de la tarde. A esa hora ocupó los correspondientes lugares una gran concurrencia de gente elegante. Yo vi llegar a los feligreses: parejas, familias y pequeños grupos.

Las señoras iban espléndidamente vestidas, acompañadas por sus caballeros. A la puerta de la iglesia, éstos hacían un reverente saludo y se situaban en la calle delante del templo. Allí se formaba una especie de reunión al aire libre, compuesta por todos los señores que habían ido escoltando a las damas, y que permanecían en aquel sitio hasta que terminaba el oficio. La multitud masculina, reunida en la vía pública, aumentó tanto, que se juntaron cerca de cuatrocientos a quinientos hombres, la mayoría jóvenes, todos reunidos en pequeños grupos, conversando animadamente; de modo que la calle se llenó con el fuerte y zumbante ruido de sus voces. Eran porteños los concurrentes, y pertenecían a las más altas esferas sociales. Todos vestían exactamente igual, según la moda de aquel tiempo. Sus trajes y la uniforme apariencia de tan gran cantidad de personas, la mayoría con caras jóvenes, de agradable presencia y animadas, me fascinaban. Quedé en aquel lugar, mirándolos, hasta que las grandes campanas empezaron a sonar estrepitosamente, al final del acto religioso, y la inmensa concurrencia de señoras elegantemente ataviadas, se desparramó, deshaciéndose inmediatamente la reunión masculina, retirándose los caballeros para unirse a las damas.

Los hombres usaban sombrero de copa alta y trajes de paño negro, no viéndose un sólo pantalón de otro color. Todos usaban también el chaleco de seda colorada que, en la época, se consideraba la verdadera prenda que debían usar todos los ciudadanos de la República. Asimismo, en el ojal de la solapa de la levita ostentaban una cinta escarlata. El cuadro brindaba linda vista, recordándome el conjunto una bandada de militarizados churrinches, mis pájaros favoritos, de plumaje negro u oscuro, entre el cual resaltaba su pecho colorado.

Mis paseos los efectuaba con preferencia por la ribera. Podía caminar por ella hasta una media legua o más de mi casa, al norte o al sur, sin perderme, siempre con la vasta extensión de agua a un lado, con muchos barcos grandes, que parecían oscuros a la distancia, y numerosas lanchas o chalanas que transportaban a ellos y de ellos, cargamentos de mercaderías, las que alzaban o descargaban en los carros, entrando éstos unas cuadras dentro del agua terrosa, para llegar hasta las embarcaciones. Carros de aguateros iban y regresaban por cientos, pues en aquel entonces no se disponía de agua corriente, y cada habitante debía comprar el agua barrosa, suministrada en baldes, al aguatero, en la propia puerta del respectivo domicilio.

Uno de los lugares de mayor atracción para mí era aquel en que se reunían las lavanderas, al sur de la casa en que accidentalmente residíamos. En la ancha playa se veía algo así como una nube blanca cubriendo el suelo en un espacio de casi seis cuadras. Tal nube, cuando uno se acercaba, se resolvía en innumerables pañuelos, medias, camisas, polleras, enaguas y otras piezas de ropa interior, masculina y femenina, flotando en largas sogas y cubriendo las bajas toscas, lavadas por la marea y los parches de verdes pastos entre ellas. En aquel sitio se permitía a las lavanderas lavar en público la ropa sucia de Buenos Aires. A todo lo

largo de la costa, las mujeres, en su mayoría negras, arrodillábanse al lado de los charcos, fregando y batiendo enérgicamente las piezas de vestir a ellas confiadas. Las negras, excesivamente vocingleras, me recordaban, con su fuerte charla mezclada con gritos y carcajadas, a la algazara que promovían sobre pantanosa laguna una gran cantidad de gaviotas, ibis, becasinas, gansos y demás ruidosas aves acuáticas. Aquella admirable e invariable escena animada me hizo ir allí una y otra vez. Encontraba, no obstante, que era necesario andar con prudencia entre esas mujeres, pues miraban sospechosamente a los muchachos vagabundos. Algunas veces, cuando yo escogía el camino entre las desparramadas prendas de vestir, me despedían con duras palabras.

Frecuentemente peleaban entre sí por el derecho a ciertos lugares y espacios. Entonces, súbitamente, su hilarante gritería se cambiaba en estridentes gritos coléricos y en ilimitados torrentes de injurias. Poco a poco descubrí que sus mayores enojos y peor lenguaje lo empleaban cuando ciertos jóvenes de la alta sociedad visitaban el lugar para divertirse provocando a las lavanderas. Los jóvenes se paseaban a su alrededor de modo displicente. De pronto iban en derechura a un camisón bellamente bordado y empuntillado o hacia, alguna otra delicada prenda, tendida para secar sobre el pasto o roca y deteniéndose encima de ella, con inaudita calma, procedían a sacar y encender su cigarrillo. Instantáneamente una hombruna y nada ceremoniosa negra se ponía de pie enfrentándose al audaz, desparramando un sinfín de las más sucias y mortales maldiciones. El joven, con pretendida cólera, replicaba en un lenguaje aun peor, lo que daba a ella más bríos, puesto que, entonces, todas sus amigas y enemigas que se encontraban en el lugar, suspendían el trabajo y se ponían a escuchar con los oídos bien atentos, aumentando más y más el cambio de palabrotas, hasta que los combatientes quedaban exhaustos e incapacitados para inventar nuevas y más terribles expresiones con que insultarse, terminando el ofendido joven por patear briosamente las ropas y luego, tirando el inconcluso cigarrillo a la cara de su adversaria, se retiraba arrogantemente.

Me río aún al evocar aquellas indignas injurias prodigadas en la costa. Me chocaron cuando las oí por vez primera, siendo pequeño e inocente. Aumentó mi extrañeza al enterarme de que el joven actor de cada escena solamente representaba una comedia y que la enorme cólera demostrada, que podía servir de excusa al protagonista para usar tal lenguaje, era fingida.

Otro pasatiempo favorito tenían aquellos mismos mozos ricos y ociosos. Me desagradó tanto como el relatado. Los guardianes nocturnos, llamados serenos en aquellos tiempos, me interesaban extraordinariamente. Cuando llegaba la noche, parecía que el viejo vigilante de la espada y de los botones dorados, no hacía más falta para salvaguardar la gente. Ocupaba su lugar en las calles un extraño cuerpo de hombres, de aspecto sucio, la mayor parte viejos, algunos casi decrepitos. Usaban grandes capas, algo similar al báculo y pesadas linternas de hierro, en cuyo interior ardía una vela de sebo. Me proporcionaba singular placer, cuando estaba despierto, por la noche, oír sus voces, cantando las horas. Empezaban al sonar las once. Desde la acera, al lado o debajo de la ventana, llegaba el maravilloso y prolongado arrastrar de palabras anunciando: "las once - han dado y sereno". Si había nubes en el firmamento la palabra final era "nublado". Y así, el sereno modificaba sus informes de acuerdo con el estado meteorológico. De todas las calles de la ciudad, el largo canto llegaba a mis oídos atentos con una infinita variedad de voces: la alta y penetrante, el falsete, la áspera y ronca como el graznido del cuervo, el solemne estampido del bajo y, de cuando en cuando, se oía

alguna voz fina, rica, pura, que se elevaba hacia el cielo sobre todas las demás y semejaba las sonoras notas de un órgano.

Me gustaban los pobres serenos y sus cantos, y apenas mi tierno corazoncito el oír que se consideraba un distinguido deporte, para los jóvenes ricos, el salir por la noche y pelear con los buenos guardianes, despojándolos de sus báculos y linternas, que se llevaban a sus casas y guardaban como trofeos.

Disgustaba y chocaba a mi tierna mente, tanto o más que las discusiones de la ribera entre los jóvenes y las lavanderas, presenciar la enorme cantidad de pordioseros que infectaban la urbe. No eran los mendigos urbanos como nuestros graves limosneros rurales que, a caballo, con su poncho colorado, espuelas y alto sombrero de paja, llegaban a la tranquera y, una vez recibida la contribución, bendecían a los donantes y se marchaban a la próxima estancia. Los menesterosos de la ciudad, parados en las veredas, resultaban los hombres más brutales y diabólicos que he visto. Muchos de ellos, ex soldados viejos, habían servido en el ejército diez, quince o veinte años, de acuerdo con la índole del crimen por el cual fueran condenados al servicio militar. Habían sido dados de baja y destinados a vivir, como buitres, de lo que pudieran picotear. Veinte veces al día, por lo menos, se oía la puerta de hierro¹⁸ (1) que comunicaba el patio con la calle, girar abriéndose, seguido por la llamada o grito del limosnero, solicitando caridad en nombre de Dios. En la calle, no se podía ir muy lejos sin encontrarse con uno de esos hombres que, audazmente, se cuadraba frente al transeúnte en la angosta vereda y pedía limosna. Si no había cambio y se le decía: "Perdón, por Dios"¹⁹, miraba con ceño adusto y dejaba pasar; pero si uno parecía contrariado o disgustado, o si se le ordenaba salir del camino, o se le empujaba sin decir una palabra, él lo fulminaba con una mirada de rabia concentrada que parecía decir: "¡Oh, no tenerte a mi merced, atado de pies y manos y yo empuñando un filoso cuchillo!" Acompañaba la mirada con una explosión de las más terribles insolencias.

Me tocó, durante mis acostumbrados paseos, cerca del agua, ser testigo de la extraña ocupación de un perro. Era a la oración y la playa hallábase desierta: carreros, pescadores y boteros, se habían ido y era yo el único ocioso que quedaba entre las toscas. La marea subía volcándose en olas bastante grandes. Tanto la novedosa vista de la marejada, como la frescura y alegría de ella, me incitaron a permanecer sobre una de las más avanzadas toscas, todavía no lavada por las aguas. Lentamente, un caballero seguido por un perro grande, llegó hasta la costa y se detuvo a una distancia de cuarenta o cincuenta metros del lugar en que yo estaba, mientras el perro, saltando sobre las chatas y resbaladizas piedras, entre pozos de agua, llegó hasta mí, y, sentándose en ese sitio, clavó la vista en el agua. Era un animal corpulento, lanudo, de cabeza redonda, con pelo color grisáceo manchado de rojo. No puedo decir a qué raza pertenecía, pero tenía algo del ovejero o del *otter hound*²⁰ (1). Súbitamente se sumergió hasta desaparecer de mi vista. Pronto reapareció, sujetando con sus mandíbulas un gran sábalo de cerca de dos kilos de peso. Trepando sobre la tosca, dejó caer el pescado. Éste no parecía haber sufrido mucho daño, pues empezó a debatirse de la manera más vivaz. Asombrado, miré al dueño del perro; pero éste no se movió y continuó fumando su cigarro, que encendiera poco antes, sin preocuparse de lo que hacía el animal.

¹⁸ Debe referirse el autor a la "puerta cancel" que separaba el zaguán del primer patio, y que era generalmente de hierro forjado. — N. del T

¹⁹ En castellano, en el original

²⁰ Raza inglesa de perros destinados a la caza de la nutria. — N. del T.

Una vez más, el perro se zambulló. Trajo un segundo pescado grande y lo dejó caer, como el anterior, en el mismo lugar y así, otra y otra vez introdujose en la corriente, hasta que al rato se veían cinco tremendos sábalo aleteando sobre el ribazo. Probablemente, pronto serían de nuevo llevados por el agua.

El sábalo es un pescado común en el Río de la Plata, y el mejor para comer. Parece al salmón por su rico gusto. Es aguardado ansiosamente, cuando llega del mar, por los pescadores de Buenos Aires, lo mismo que esperan nuestros pescadores al *mackerel* en las costas de Inglaterra²¹. La tarde en que ocurrió el episodio narrado, la playa estaba solitaria y el pescado vino y anduvo por las piedras sin encontrar a nadie que lo quisiese agarrar. Ni siquiera había allí algún pobre vagabundo hambriento que se interesara por los cinco pescados que el perro había extraído. Uno por uno los vi deslizarse otra vez al agua. Oyendo el perro que su amo lo silbaba, se fué tras él.

Por muchos años después de este incidente, no pude encontrar a nadie que hubiera visto u oído hablar de perros que cazaran pescados.

Con el andar del tiempo, leyendo, encontré narraciones de perros pescadores, que desarrollaran su acción en Terranova y en otros países.

Otra extraña aventura me sucedió en la ribera. Aproximadamente a las once de la mañana, andaba yo por el Paseo costanero²² caminando hacia el norte y deteniéndome de vez en cuando para mirar, sobre el murallón, las bandadas de pajaritos que acudían a comer en la costa. En uno de esos momentos puse mi atención en un mozo que, caminando delante de mí, parábase y al asomarse de vez en cuando sobre el paredón arrojaba algo a los pajaritos. Yo corrí y lo alcancé quedándome sorprendido por su admirable y distinguido aspecto. Parecía a uno de aquellos señores que había visto reunidos en el atrio de la iglesia, y descrito en páginas anteriores. Gastaba sombrero de copa, elegante levita, pantalones negros y chaleco de seda roja. Era sumamente joven y buen mozo, con barba rizada y bigote color castaño. Sus ojos negros y brillantes observábanme con divertida curiosidad al notar la insistencia con que yo lo miraba.

En la mano izquierda llevaba su valija de gamuza y una piedra en la derecha. Miraba los pájaros, los pequeños grupos de chingolos, jilgueros amarillos, cabecitas negras, mistos y otras clases y, de vez en cuando, arrojaba una piedrita al pájaro que había señalado a unos cuarenta metros de nosotros, sobre las toscas. No lo vi francamente acertarle a ninguno, pero su puntería era asombrosa, porque casi invariablemente el proyectil arrojado de tan gran distancia a un objeto tan diminuto parecía rozar las plumas. El pájaro escapaba a la muerte por una fracción de pulgada.

Lo seguí por algún tiempo, aumentando mi asombro y curiosidad, al ver a un ser, que parecía tan superior, ocupado en semejante pasatiempo. Porque es un hecho que los argentinos no persiguen a los pajaritos. Al contrario, ellos desprecian a los extranjeros que en el país los matan y atrapan. Además, si él necesitaba pajaritos para alguna cosa ¿por qué trataba de matarlos tirándoles piedritas? Como no me echó, sino que me miraba de vez en cuando, más bien con un modo bonachón, me aventuré a decirle que nunca conseguiría voltear un pájaro en esa forma y que sería imposible a tal distancia pegarle con una piedra tan pequeña.

"Oh, no, imposible, no", me contestó sonriendo, y caminando todavía con un ojo puesto sobre las toscas. "Sin embargo usted no ha herido a ninguno aun",

²¹ El *shad* — sábalo — no es como dice Hudson un pescado apreciado en Buenos Aires, ni su carne se parece en nada a la del salmón. Tampoco viene del mar. — N. del T.

²² La Alameda de Vértiz, después Paseo de Julio y actualmente Leandro N. Alem. — N. del T.

me atreví a decir. Entonces él se detuvo, e introduciendo su pulgar e índice en el bolsillo del chaleco, sacó un cabecita negra muerto que colocó en mis manos.

Este pájaro era llamado "verderón" por los residentes ingleses en el Plata, nombre por el cual también lo conocían los españoles.

Es sin embargo un cabecita negra, *chrysomitris magellanica* y ostenta una cabeza como de terciopelo negro, siendo el resto de su plumaje negro, verde y amarillo brillante. Figuraba en el número de mis pájaros preferidos, pero nunca había tenido, hasta entonces, a ninguno (muerto o vivo) en mis manos; así es que su maravillosa, inimaginable hermosura, su graciosa forma y su exquisito color amarillo, semejante al de una flor, me produjeron deleite tan intenso, que con trabajo pude evitar que se me cayeran las lágrimas.

Después de mirarlo apasionadamente unos pocos minutos, acariciándolo con la yema de los dedos y abriendo las pequeñas alas negras y amarillas, miré suplicante al hombre y le rogué que me lo cediera. Se sonrió y sacudió la cabeza. No perdería tiempo conversando. Toda su energía la dedicaba a tirar piedras a otros encantadores pajaritos.

"¡Oh, señor! ¿No me lo quiere dar?", insistí, y luego con una súbita esperanza pregunté: "¿Va a venderlo?".

Rió, y tomándolo de mis manos, lo puso nuevamente en el bolsillo del chaleco. En seguida, con una agradable sonrisa y un movimiento de cabeza significativo de que la entrevista había terminado, continuó su camino.

Parado en el lugar donde me dejó y lamentando amargamente no haber conseguido el pájaro, contemplé al joven hasta que desapareció a la distancia, rumbo hacia el suburbio de Palermo. Me quedé hasta hoy en el misterio acerca de ese único caballero argentino, ciudadano de la Atenas de Sudamérica, que se entretenía matando pajaritos con minúsculas piedras. Nunca comprendí que eso pudiera ser una diversión.

Quizás él, en algún momento, habría hecho un voto de matar cabecitas negras de esa manera, o tal vez hubiera empeñado una apuesta y quisiera probar su destreza en tirar piedras. Pudiera suceder que estuviese practicando un ensayo para curar cierta misteriosa y terrible enfermedad, prescripto por algún maravilloso médico de Bagdad o Ispahán; o tal vez, y esto sería lo más probable, alguna mujer sin corazón y sin alma, de la cual estuviera enamorado, le habría impuesto esta ocupación fantástica.

Acaso el más maravilloso espectáculo que presencié durante esa visita tan extraordinaria a la capital, fué el de ver pasar al famoso don Eusebio, el bufón del presidente o dictador Rosas el "Nerón de Sudamérica", quien vivía en su palacio de Palermo, en las afueras de Buenos Aires.

Enviéronme con mis hermanas y hermano menor a pasar el día en casa de una familia angloargentina, residente al otro lado de la ciudad. Estábamos en el amplio patio, jugando con los niños de la casa, cuando alguien abrió la ventana y gritó:

"¡Don Eusebio !".

Esto no significaba nada para mí. Los niños a quienes visitábamos sabían bien que tal advertencia quería decir que, si íbamos ligero a la calle, podríamos ver al gran hombre en todo su esplendor. Por lo tanto, saltaron, tirando sus juguetes y se precipitaron hacia la puerta de salida, siguiendo nosotros detrás de ellos. Al llegar, encontramos reunida gran cantidad de curiosos, y en la calle vimos a don Eusebio con su traje de general (porque era uno de los chistes del dictador, llamar general a su bufón), todo vestido de rojo, con un enorme tricornio, adornado por inmenso penacho de plumas coloradas. Marchaba don

Eusebio con solemne dignidad, llevando la espada al costado. Doce soldados, también vestidos de rojo, formaban su escolta, caminando seis a cada lado suyo llevando en las manos los sables desnudos.

Contemplamos con alegría este espléndido espectáculo. Nos estremecemos todos, cuando uno de los niños susurró en nuestros oídos, que si alguno de los espectadores riera, insultara o hiciera cualquier manifestación, sería instantáneamente cortado en pedazos por la dicha guardia. Y era indudable que los que la formaban parecían suficientemente capaces de hacerlo.

Al gran Rosas nunca lo vi, pero era ya algo haber tenido esta momentánea visión del general Eusebio, su bufón, en vísperas de la terminación de su poderío, que duró más de veinte años, durante los cuales don Juan Manuel demostró ser uno de los más sanguinarios y originales de los caudillos y dictadores. Puedo agregar a esto, que tal vez fué el más grande de cuantos alcanzaron el poder en ese continente de repúblicas y de revoluciones.

Capítulo VIII

Los retratos de nuestra sala. - El dictador que parecía un inglés. - La extraña cara de su esposa doña Encarnación. - El traidor Urquiza. El ministro de guerra; sus pavos reales y su hijo. - Regreso al hogar. - La guerra nos priva de nuestro compañero de juegos. Natalia, la esposa del puestero. - Su hijo Medardo. - El alcalde, nuestro gran hombre. Batalla de Monte Caseros. - El ejército vencido - Pedido de caballos. Principales defectos de mi padre. - Placer que le producía una tormenta de truenos. - Su ingenua confianza en los demás hombres. Soldados sublevados contra su oficial. - Fugitivo rendido y degollado. De nuevo nuestro alcalde. - Sobre el deguello. - Ferocidad y cinismo. La sensualidad sanguinaria del pueblo y su efecto en mi mente infantil. Sentimientos sobre Rosas. - El cuento o poema de un pájaro. - Vana búsqueda del perdido poema. - Historia de su autor. - La hija del dictador. — El viejo Dios Tiempo.

LA CAIDA DEL TIRANO Y SUS CONSECUENCIAS

Al final del capítulo precedente, describiendo mi único encuentro con el famoso bufón don Eusebio, en la plenitud de su gloria — escoltado por un cuerpo de guardia con las espadas desnudas y listas para cortar el pescuezo a quien no se dignara quitarse el sombrero o se riese del espectáculo —, dije que ello ocurrió en vísperas de la caída del presidente de la República o dictador, llamado "El Tirano" por sus adversarios — cuando no lo denominaban el "Nerón de Sudamérica" o el "Tigre de Palermo" — siendo éste, el nombre de un parque en el lado norte de Buenos Aires, donde Rosas vivía en una casa estucada de blanco, a la que llamaban "su palacio".

En ese tiempo, el retrato en colores del gran personaje, ocupaba el puesto de honor sobre la chimenea de nuestra sala. Representaba un hombre de rasgos regulares y fino perfil, con pelo y patillas castaño claro, ligeramente rubio y ojos azules. Era llamado por muchos el "Inglés", a causa de la regularidad de sus facciones y el color del pelo. El rostro, austero y hermoso del jefe supremo del país, rodeado de banderas, cañones y ramas de olivo -armas de la República —,

dentro del pesado marco dorado, constituía uno de los principales adornos del cuarto, y mi padre mostrábase orgulloso de tenerlo, ya que (por razones que a tiempo diré) era admirador ferviente de Rosas, un "rosista crudo", como se llamaba a sus partidarios.

Flanqueaban otros dos al retrato de don Juan Manuel. Uno de doña Encarnación, su esposa, fallecida hacía tiempo, joven, bella y de aire orgulloso, con abundante cabello negro apilado sobre la cabeza de manera fantástica y coronado por una gran peineta de carey. Recuerdo que, de chicos, mirábamos con raro, casi misterioso sentimiento aquella cara bajo la negra cabellera; porque era hermosa, pero no dulce ni simpática, y porque ella había muerto hacía mucho tiempo y, sin embargo, más que retrato se nos antojaba una persona viva, cuyos ojos negros, de mirar duro, penetraban hasta el fondo de los nuestros. ¿Por qué aquellos ojos — salvo que se moviesen, lo que no hacían — nos miraban siempre alcanzándonos hasta cualquier lugar del cuarto? Perpetuo enigma, para simples cerebros infantiles.

Del otro lado estaba la truculenta y repulsiva imagen del capitán general Urquiza, la mano derecha del tirano, un feroz degollador como no hubo otro, quien apoyó su autoridad, por varios años, en las rebeldes provincias de arriba, pero que acababa de levantar su estandarte revolucionario contra Rosas, al cual — con la ayuda del ejército brasileño — habría de derrotar dentro de breve tiempo.

El retrato del centro nos inspiraba un temor reverencial, porque se nos había enseñado que Rosas era el hombre más grande de la República, con poder ilimitado sobre la vida y la fortuna de todos los ciudadanos, terrible en su cólera para con los malhechores y especialmente para aquellos que se rebelaran contra su autoridad. Dos retratos más de famosos hombres de la República de aquella época, adornaban la sala. Cerca de Urquiza estaba el general Oribe, comandante del ejército mandado por Rosas contra Montevideo, quien mantuvo el sitio de esa ciudad por espacio de diez años. Del otro lado, cerca de doña Encarnación, se hallaba el del ministro de guerra, cara que no nos atraía, porque no estaba coloreada como la del dictador ni había en ella ningún romance o misterio como en la de su fallecida esposa, aunque servía para traer toda esta gente retratada a nuestro pequeño mundo contemporáneo y para hacernos comprender que eran la representación de hombres y mujeres reales. Porque sucedía que aquel ministro de guerra resultaba en cierto modo vecino nuestro, ya que poseía una estancia a la que él iba algunas veces, a tres leguas de la nuestra, en aquella parte de la llanura al este de nuestra casa, que ya he descrito anteriormente y que estaba cubierta con una densa espesura del gris azulado "cardo de Castilla".

Como la mayoría de las estancias de aquel tiempo, la suya era una casa larga y baja, de ladrillos, con techo de paja, rodeada de una quinta cercada, con sus calles de centenarios álamos de Lombardía, visibles a gran distancia, y muchas viejas acacias, duraznos, membrillos y cerezos. Dedicábase el establecimiento a la cría de caballos y ganado, pero, a esos animales, su propietario los consideraba de menor importancia que a los pavos reales; aves por las cuales sentía tan grande predilección, que no pareciéndole suficientes las que tenía, compraba siempre más y más para mandar a la estancia, hasta que todo el lugar se inundó de pavos. Pero como el señor hacendado y ministro de guerra los quería para sí solo, había prohibido la venta, no pudiendo nadie de la casa dar ni siquiera un huevo de la hermosa gallinácea.

La propiedad estaba a cargo de un mayordomo, buen hombre que, como se diera cuenta de que a nosotros nos gustaban mucho las plumas del pavo real para decorar las habitaciones, nos mandaba enormes atados en el tiempo del desplume.

Otra cosa curiosa de aquella estancia, era un gran cuarto destinado a exhibición de trofeos enviados desde Buenos Aires por el lujo mayor del señor ministro.

He dicho en el capítulo anterior cuál era el pasatiempo favorito de los jóvenes aristocráticos en Buenos Aires: pelear con los serenos y arrebatarles sus bastones y linternas. Pues bien, el primogénito de nuestro ministro era campeón en el mencionado deporte y, de tiempo en tiempo, consignaba a la estancia tal cantidad de aquellos trofeos, que las paredes del cuarto aludido estaban cubiertas de bastones y de linternas colgadas.

Una o dos veces, siendo muy niño, tuve el singular privilegio de tratar con ese joven y de mirarlo con tan intensa curiosidad, que su imagen me quedó grabada en la memoria hasta hoy. De figura delgada y graciosa, de rasgos finos, tenía una cara a la española: muy alargada, ojos azul-grisáceos y cabello y bigote de color castaño claro. Cara hermosa, sin duda, pero que chocaba por su expresión impaciente y audaz, casi diría diabólica.

Estaba yo de nuevo en mi casa, entre mis amados pájaros del monte, contento de trocar la ciudad ruidosa y polvorienta por la dulce y verde soledad de la gran llanura, brillando con las falsas aguas del espejismo, desparramada alrededor de nuestro sombrío oasis. Si bien la guerra, durante el breve período de mi corta vida y aun muchos años antes de mi nacimiento, no había visitado nuestra provincia, gracias a Rosas el tirano — el hombre de sangre y de hierro —, llegaba entonces; mas por ello no fué menos dulce y agradable la claridad del sol que yo disfrutaba a mi regreso. Nuestros mayores, ciertamente, se mostraban ansiosos. Pero lo estaban por asuntos que no preocupaban a los niños, y por lo tanto, no nos importaban. Poco a poco, aunque pequeños, nos dimos cuenta sin embargo del trastorno que representaba para la comarca. Lo palpábamos también, porque nos privaba de la compañía del muchacho criollo, nuestro amigo y guardián durante los primeros paseos a caballo por el campo. Este muchacho, Medardo, o Dardo, tenía quince años y era hijo ilegítimo de Natalia, la criolla con la cual nuestro puestero inglés se había casado. ¿Por qué había trabado semejante unión nuestro puestero? Ese acto fué un perpetuo misterio y el asombro de todos los que conocían el genio de aquella mujer. El recuerdo de la pobre Natalia, o doña Nata, como la llamaban, tiempo ha muerta y devuelta al polvo de la lejana pampa, atribuía todavía mi espíritu. Asáltame el penoso sentimiento de que, al bosquejar su retrato en este libro, estoy realizando una acción mezquina.

Era ella excesivamente flaca, descuidada y aun sucia en su persona. Usaba zapatillas, sin medias. Llevaba viejo batón azul de algodón ordinario y un gran pañuelo de colores, o un pedazo de percal atado a la cabeza en forma de turbante. El color de su rostro evocaba el del pergamino amarillento y tenía la piel pegada sobre los pequeños rasgos huesudos y aguileños. Hubiera parecido la cara de un cadáver, o de una momia, si no fuera por los ojos profundamente hundidos, de color negro azabache, ardiendo con un fuego de inquietud en las órbitas. Predominaba algo de nota trémula y extrañamente patética en su voz fina y de alto diapason, como si hablara con esfuerzo en medio de comprimidos sollozos. Traía a la mente el grito lúgubre de algún pájaro de los bañados.

La voz y la cara mostraban claramente su ansiedad. Vivía en un constante estado de agitación, causada lo mismo por cualquier asunto trivial que por un trastorno serio. Cuando nuestra majada "se entreveraba" con la de un vecino y cuatro o cinco mil ovejas debían ser apartadas una por una, de acuerdo con sus "señales", o cuando su marido venía a casa borracho y caía del caballo en la puerta, en vez de desmontar de la manera común, Natalia se ponía casi fuera de sí,

retorciendo sus manos, chillando y gritando que no podía soportar por más tiempo semejante conducta del marido y que pronto carecerían de todo, hasta del techo bajo el cual vivir.

¡Pobre la Nata! Nos inspiraba tanta piedad como repulsión; siendo imposible no admirar sus esfuerzos para dirigir a su insensible y descarriado esposo por el verdadero camino. Sobresalía su intenso amor, casi de animal salvaje, por sus hijos, los tres caras sucias que parecían ingleses, surgidos de su extravagante matrimonio y a los que se agregaba Dardo, el primogénito, hijo del viento.

También Dardo presentaba líneas que lo convertían en personaje interesante. Pequeño o bajo, para su edad, era grueso y ofrecía una rara madurez en su apariencia. La cabeza redonda, los ojos ampliamente abiertos y espantosamente brillantes y sus rasgos aquilinos, le imprimían el aspecto de un gavilán. Era también maduro en inteligencia y conocía toda la ciencia del caballo que posee el gaucho hecho y derecho. Al mismo tiempo, se trocaba en un niño por su amor al juego y a las chacotas. Nada le gustaba tanto como servirnos de compañero de entretenimientos. Pero él tenía su trabajo, que consistía en cuidar la majada cuando los servicios del puestero se requerían en otra parte. La tarea le resultaba fácil de hacer a caballo, especialmente en verano, cuando por largas horas las ovejas permanecían inmóviles sobre la llanura.

Dardo, que nos estaba enseñando a nadar, nos invitaba a ir al arroyo. Utilizábamos indistintamente dos, que quedaban por igual a una hora de galope desde casa. Allí elegía buenos sitios para el baño. Pero siempre, antes de salir pedía permiso a su madre.

Montando mi petiso, yo lo seguía al puesto, harto convencido de que el permiso le sería negado. "No, no vas a ir hoy, no debes pensar en semejante cosa — exclamaba Natalia—. ¡le prohíbo que lles los niños hoy al arroyo!".

Entonces Dardo, volviendo la cabeza y taloneando el caballo exclamaba: "¡Oh, caram - bam - bam - ba!". La madre, viéndolo irse, salía corriendo detrás de nosotros, gritando: "¡No me carambambes! No vas a ir al arroyo. ¡Te lo prohíbo! ¡Sé que si vas allí hoy sucederá una terrible desgracia! Haceme caso, Dardo, no seas mandinga, ¡no vayas hoy a bañarte!".

Y los gritos continuaban hasta que, rompiendo a galopar, nos poníamos fuera del alcance de ellos. Entonces, Dardo decía: "Ahora vamos a buscar a los otros y nos dirigiremos al arroyo". "Ustedes saben — agregaba — que mi madre me hizo arrodillar delante del crucifijo y me impuso una promesa: la de que nunca llevaría a ustedes al arroyo sin pedirle su consentimiento. Esto lo he hecho; pero jamás le prometí obedecer sus órdenes. Así es que todo está bien".

Estas y otras aventuras divertidas en las pampas, fueron bruscamente interrumpidas por la guerra. Una mañana, un montón de gente se dirigió a nuestra casa desde el rancho del puestero. Cuando se acercaron los componentes de aquel grupo, reconocimos a nuestro viejo alcalde que venía a caballo como el jefe del grupo. Detrás de él caminaba doña Nata, llevando de la mano a Medardo. Luego seguían algunos a pie y por último cerraban la comitiva cuatro jinetes, viejos gauchos, secuaces del alcalde, armados de sus más o menos flamígeras espadas.

¿Qué asunto de tan transcendental importancia impulsaba a dicho conglomerado en dirección a nuestra casa?

El alcalde, don Amaro Avalos, no era sólo el representante de la "autoridad" en nuestros pagos (oficial de policía, insignificante magistrado de mala muerte y varias otras cosas por el estilo), sino que era un gran viejo en sí mismo, y se

destaca agrandado en mi mente al asociarlo a la memoria de los viejos gauchos patriarcales de nuestra vecindad.

Alto, de casi un metro ochenta, sumamente digno en sus maneras, con largo cabello y barba de una blancura plateada, usaba nuestro alcalde el traje "campero" con gran profusión de ornamentos de plata, incluyendo tremendas espuelas, que pesaban cerca de dos kilos y rebenque con pesado mango del mismo metal. Por lo general, montaba un obscuro grandote, que combinaba admirablemente con su figura y el color escarlata y plateado de su indumento.

Don Amaro fué conducido a la sala, seguido por sus acompañantes. Después que todos se sentaron, inclusive los cuatro gauchos viejos que llevaban espadas, el alcalde se dirigió a mis padres, informándoles del objeto de la visita. "Había recibido una orden imperativa de sus superiores de tomar al instante —exclamó textualmente— y enviar al cuartel general doce muchachos más, como reclutas, para el ejército, de aquella su pequeña sección del distrito".

Ahora bien: la mayoría de los jóvenes había sido ya reclutada o desaparecido de la vecindad, para librarse del servicio. De ahí que, a fin de obtener los doce requeridos, veíase compelido a utilizar muchachos de la edad de Medardo y tendría que ir éste, por lo tanto. Pero Natalia se oponía a que le quitasen su hijo y tras de gastar muchas palabras, tratando de convencerla para que se sometiera y con objeto de darle una satisfacción, el alcalde había consentido, por último, en acompañarla a la casa de sus patrones y discutir de nuevo con ellos el asunto.

Fue un largo discurso, pronunciado con gran dignidad. Antes de que terminara, la desesperada madre saltó y, arrodillándose delante de mis padres, empezó con su salvaje y trémula voz a gritar implorando compasión. Rogó que la ayudaran a salvar su hijo de tan terrible destino. "¿Qué sería de él — clamaba —, un niño de tan pocos años, arrebatado de su casa, del cuidado de su madre, y arrojado entre una turba de viejos insensibles y de endiablados asesinos, ladrones y criminales de diversa especie, sacados todos de las cárceles del país para servir en el ejército?"

Suscitaba honda pena verla de rodillas retorciéndose las manos. Impresionaba escuchar sus lamentables gritos. Repitióse el emotivo espectáculo múltiples veces, mientras la cuestión se discutía entre el alcalde y mis padres. La Nata lloraba y pedía con tal pasión, y ponía tal desesperación en su voz y en sus palabras, que todos los que se hallaban en el cuarto estaban conmovidos hasta las lágrimas.

Aquella madre parecía un animal salvaje tratando de salvar su prole de los cazadores. "¡Nunca —exclamó mi madre, cuando pasó la lucha— había sufrido una hora más dolorosa y terrible!" Y la lucha había sido en vano, pues Dardo fué separado de nosotros.

Una mañana, algunas semanas más tarde, el lejano rugir de los cañones llegó a nuestros oídos. Nos participaron qué se estaba librando una gran batalla²³ y que el mismo Rosas encontrábase al frente de su ejército, pequeña fuerza de veinticinco mil hombres, reunidos con gran apuro para oponerse a los cuarenta mil argentinos y brasileños que mandaba el traidor Urquiza. Durante varias horas, en aquel angustioso día, continuó el sordo ruido de las detonaciones. Sentíanse como truenos distantes y, por la tarde, llegaron las noticias de la derrota del ejército defensor de don Juan Manuel y de la marcha del enemigo sobre la ciudad de Buenos Aires. Al día siguiente, desde el amanecer hasta la noche, estuvimos en

²³ La batalla de Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852. — N. del T.

medio de un incesante pasar de hombres derrotados, que huían hacia el sur en pequeñas partidas de dos o tres, hasta media docena y de algunas más grandes gavillas, todos con sus uniformes rojos y armados con lanzas, carabinas y anchos sables. Muchas de las partidas arreaban gran número de caballos.

Mi padre fue advertido por los vecinos de que corríamos gran peligro, ya que esos hombres estaban fuera de la ley y no trepidarían en saquear y matar, durante su retirada, robando seguramente todos los caballos que pudieran. Como precaución, él había escondido los suyos dentro del monte. No pensaba hacer nada más. "Oh, no — dijo — 'no nos harán ningún daño". Todos quedamos fuera de casa, dejando abiertas, durante el día, tanto la tranquera del frente como las puertas y las ventanas. De vez en cuando, una partida que venía con las cabalgaduras cansadas, se acercaba pidiendo, a gritos y sin desmontar, caballos de refresco. Siempre mi padre salía, hablaba con ellos sonriente y alegre y, después de haberles asegurado que no tenía ningún animal para darles, se quedaba al lado de los visitantes hasta que éstos lentamente y de mala gana proseguían su camino.

Cerca de las tres de la tarde, quizá la hora más calurosa de aquel día, un grupo de diez hombres se acercó al galope en medio de gran polvareda. Los jinetes pasaron la tranquera y sujetaron las riendas delante del corredor. Mi padre, como de costumbre, salió a su encuentro. Ellos le pidieron caballos, expresándose en alta y amenazadora voz.

Dentro de la casa estábamos todos reunidos en la amplia sala, esperando el resultado final, en un estado de intensa ansiedad. No se había hecho ningún preparativo a fin de resistir. No contábamos con medio alguno de defensa en el caso de un repentino ataque. Espiábamos la actitud de los recién llegados, desde el interior, en sitio bastante oscuro para que nuestros peligrosos visitantes no pudieran ver que los allí reunidos éramos solamente mujeres y niños y un solo hombre. Este, que se encontraba de visita, había se ocultado en el rincón más apartado del cuarto. Sentóse en un sillón temblando y pálido como un cadáver, con una espada desenvainada en la mano. El nos explicó, después, cuando hubo pasado el peligro, "que afortunadamente era un excelente espadachin y que habiendo encontrado el arma en el cuarto, habría dado buena cuenta de los diez facinerosos, si hubiesen intentado entrar.

Mi padre contestó a los diez hombres lo mismo que a sus predecesores, asegurándoles que no disponía de ningún caballo para complacerles.

Mientras el episodio se desarrollaba, los que estábamos adentro pudimos observar que uno de los diez hombres era un oficial. Se trataba de un mozo lampiño, como de veintiuno a veintidós años, de cara singularmente atractiva. El no tomó parte alguna en los acontecimientos, sino que desde su caballo limitóse a guardar silencio, mirando a los demás con rara expresión, mezcla de ansiedad y desprecio.

Sólo él permanecía desarmado, circunstancia que nos chocó, extrañándonos sobremanera. Los otros eran veteranos, de mediana edad o viejos con barbas grises; vestían chaquetas, chiripas y gorras escarlatas, del tipo entonces en boga, esto es, en forma de bote dado vuelta, con un pico como cuerno en la frente y, debajo del pico, una placa de metal en la cual se hallaba grabado el número de su regimiento²⁴

Los hombres se manifestaron sorprendidos de que se les rehusaran los caballos y exteriorizaron llanamente que no creían en las excusas. Mi padre movió la cabeza sonriendo. Uno de los hombres, entonces, pidió agua para apagar su sed.

²⁴ "Gorro de manga". — N. del T.

Alguien de la casa llevó una gran jarra de agua fresca y mi padre la alcanzó al visitante. El hombre bebió. En seguida pasó la jarra a los camaradas, quienes la hicieron circular, y una vez dada toda la vuelta la devolvieron, renovando el pedido de caballos en tono amenazador.

Habían dejado un poco de agua en la jarra. Mi padre comenzó a derramarla en forma de fino chorro, haciendo pequeños círculos y figuras sobre el seco piso de tierra. Nuevamente meneó la cabeza y amablemente les sonrió.

Entonces, uno de los hombres, mirándolo fijamente se inclinó. y, de pronto, cerrando con violencia la mano en el puño de su sable, lo hizo sonar, desnudándolo a medias. Este conminador además resultó un completo fracaso. Su único efecto consistió en hacer que mi padre sonriera más bonachonamente que antes, como si la broma practicada lo hubiera en verdad divertido.

El no estaba, sin embargo, representando una comedia. Aquellos gestos constituían su habitual modo de ser. Resulta curioso tener que decir de un hombre que sus más elevadas o más brillantes cualidades no traducían sino defectos. Aparte de aquellas particularidades, no pasaba de ser una persona común, sin nada que lo distinguiera de sus vecinos, con excepción, tal vez, de que no tenía la ansiedad de enriquecerse y de que era más servicial o más afectuoso que la generalidad de ellos.

El sentido del peligro, el instinto de la propia conservación que suponemos universal, no existía en él. Tan extraordinario defecto sobresaltaba a mi madre, produciéndole en ocasiones tremendos disgustos.

En los cálidos veranos estábamos expuestos a grandes tormentas de truenos y de violencia asombrosa. Cuando los truenos y los relámpagos se sucedían y revelábanse más terroríficos para todos, mi padre se quedaba parado, fuera de casa, mirando calmamente al cielo, como si los enceguedores resplandores y los estallidos de los truenos que parecían sacudir el mundo, tuvieran para su cerebro algún efecto sedante, como la música.

Un día, antes de caer la tarde, alguien trajo la noticia de que no se podían encontrar los caballos de silla. Mi padre, con sus anteojos de larga vista en la mano, subió la escalera de madera del mirador que estaba en el tejado del gran edificio como galpón y que se usaba para guardar lana. El mirador se hallaba tan elevado que, estando sobre él, se podía divisar aun por encima de las copas de los altos árboles del monte. Para proteger al observador había una alta barandilla de madera a su alrededor y en ésta encontrábase amarrada la enhiesta y larga asta de la bandera.

Cuando llegó al mirador se desencadenó una pavorosa tormenta. Los deslumbrantes, casi continuos relámpagos, semejaban estar no sólo en la negra nube sobre la casa, sino en todo su contorno. Estallido tras estallido, los truenos hacían vibrar las puertas y las ventanas, dando la sensación de que se sacudían en sus quicios. Mientras, arriba, sobre nosotros, en medio del terrible tumulto, columbrábase su figura, erguida, tan imperturbable como siempre.

No contento con encontrarse en el alto mirador, se trepó sobre la baranda. Parado sobre ella, con la espalda apoyada contra el asta, inspeccionaba la gran llanura y con sus anteojos buscaba, frío y sereno, los caballos perdidos.

Mi madre, con el rostro lívido de terror, lo miraba y todos los de casa nos encontrábamos asustados, temiendo por momentos que un rayo lo alcanzara y lo arrojara fulminado a tierra.

Poseía una confianza de niño en la absoluta buena fe de toda gente con quien entraba en relaciones comerciales y, siendo las cosas de este mundo de manera muy distinta, no tardó en ser inevitablemente llevado a la ruina.

En ocasión de la visita conminatoria de los diez soldados requiriendo caballos, la apacible conducta de mi padre, resultado de su temeridad ingénita, sirvió muy bien a él y a la casa. Los militares aquéllos se engañaron, pues no podrían imaginarse que él hubiese obrado en esa forma, si no hubiera sido porque estaba protegido por hombres bien armados, con buenos rifles, que desde el interior habrían hecho fuego al menor movimiento hostil de su parte.

De pronto el enfurruñado interlocutor de la tropa, con un grito de "¡Vamos!" dió vuelta su caballo. Seguido de sus compañeros, se alejó al galope. Todos nos apuramos a salir y, desde el reparo de álamos y acacias negras, que crecían al lado del foso, observamos sus movimientos, y vimos que, cuando se alejaron unas pocas cuadras, el joven oficial desarmado apartóse de ellos, arrancando a la mayor velocidad que pudo imprimir a su cabalgadura.

Los otros lo siguieron rápidamente, tratando de alcanzarlo, y por último, desaparecieron de la vista, en dirección a la casa del alcalde, situada aproximadamente a una media legua de distancia de la nuestra.

Habitaba el funcionario en un rancho largo y de techo bajo, sin árboles, y que no podía verse desde nuestro observatorio por ocultarlo una laguna pantanosa cubierta de crecidos juncos.

Mientras permanecíamos, forzando nuestros ojos, para conocer el epílogo de la correría y después que el fugitivo y sus perseguidores hubieron desaparecido entre el ganado y los caballos que pastaban en la llanura, la tragedia continuó desenvolviéndose en las más penosas circunstancias.

El joven oficial, cuya casa estaba a más de un día de jornada de nuestro pago, había visitado el vecindario en otra ocasión y se acordó que tenía parientes allí. Al huir de los hombres, adivinando que ellos pensaban asesinarlo, trató de ganar la vivienda del viejo alcalde. Consiguió tomar la delantera a sus perseguidores, hasta que llegó a la tranquera. Arrojàndose del caballo, se introdujo apresuradamente en las habitaciones. Encontró al alcalde, rodeado de las mujeres de la casa y de la vecindad, y dirigiéndose a él e invocando la condición de sobrino suyo, le pidió que le protegiera.

El alcalde no era en realidad su tío, pero sí primo hermano de la madre. Fué un espantoso momento; los nueve miserables, armados, gritaban desde afuera, exigiendo que se les devolviese el prisionero. Amenazaban con quemar el rancho y matar a todos sus moradores, si no se accedía a sus pretensiones.

El viejo alcalde, de pie en medio del cuarto, estaba rodeado de una cantidad de mujeres y niños, contándose entre las primeras sus dos hermosas hijas, de veintiuno y veintidós años, respectivamente. Desmayándose de miedo, éstas clamaban que las salvara. Entretanto, el joven oficial, de rodillas, le imploraba por la memoria de su madre y por la madre de Dios y por todo lo más sagrado, que se rehusase a entregarlo. Lo iban a matar.

El viejo no pudo hacer frente a la situación. Temblaba y sollozaba angustiosamente. Por fin balbuceó que no podía protegerlo, que él debía salvar a sus propias hijas y a las esposas y a las hijas de sus vecinos, que se habían refugiado allí.

Los hombres de armas, oyendo estos argumentos, llegaron a la puerta, entraron y, agarrando al joven, lo condujeron afuera. Haciéndolo montar nuevamente, le dieron orden de seguirlos. Retrocedieron como un tercio de legua del camino que habían hecho, volviendo hacia nuestra casa. Por allá lo derribaron del caballo y lo degollaron.

Al día siguiente, un mulatillo que cuidaba la majada y que hacia los mandados del alcalde, acercóseme y me dijo que si montaba mi petiso y quería ir

con él, me mostraría algo. No era nada extraño que este muchacho ofreciera mostrarme algo, que generalmente resultaba ser un nido de pájaros, descubrimiento que nos interesaba enormemente a ambos.

Monté, pues, encantado y lo seguí. El disuelto ejército había cesado de pasar por nuestro camino, y nos reincorporábamos a la vida tranquila y libre en la gran planicie.

Galopamos diez o doce cuadras, y sujetando el caballo y señalando el pastizal que había a nuestros pies, me hizo ver una gran mancha de sangre sobre el corto y seco pasto.

"Aquí — me dijo — fué donde ellos degollaron al pobre oficial. El cuerpo lo llevó el alcalde a su casa, donde quedó toda la noche, para enterrarlo al otro día en el pueblo cercano, que dista unas dos leguas y media".

El crimen fué, durante algunos días, el tema de las conversaciones por las tristes circunstancias que lo rodeaban, especialmente agravadas, porque el viejo alcalde, tan respetado y querido por todos, había faltado de tan desagradable modo a su deber, no intentando nada que pudiera salvar a su joven pariente.

Pero el hecho en sí, de que los soldados hubiesen degollado a su joven oficial, no sorprendió a nadie por ser común, en caso de derrota, en aquella época, que los hombres amotinados asesinaran a sus superiores jerárquicos.

No era tampoco el degüello una simple costumbre o algo convencional. Para el viejo soldado significaba la única forma satisfactoria de terminar, el día de la derrota, con el adversario, el prisionero de guerra o el oficial que había sido su tirano. Su sentimiento era similar al del hombre inspirado por el instinto de la caza en su modalidad primitiva, como lo describe Richard Jefferies. Matar las criaturas con balas, a distancia, no le daba satisfacción; el matador debía sentir los temblores de la víctima y ver la sangre chorrear de sus manos.

El lector se sonríe ante la idea del suave Richard Jefferies, matando ganado cimarrón a la manera paleolítica. Este sentimiento, o deseo, que describe con tanta pasión en su *Story of my heart*, ese resabio del pasado, no es raro en el corazón de los cazadores. Si nosotros fuéramos alguna vez a desaparecer de nuestra civilización, me imagino que volveríamos alegremente al primitivo método.

Igualmente, en aquellos oscuros días de la República Argentina, durante el medio siglo de lucha civil que siguió a la sacudida del "yugo español", como entonces se decía, la gente de las llanuras había desarrollado una ferocidad asombrosa y gustaba matar un hombre, no con balas, sino de una manera que le hiciera saber y sentir que lo estaba real y verdaderamente matando.

Durante mi niñez, aquellos espantosos hechos no me impresionaron, porque no fui testigo de ellos. Después que hube visto aquellas manchas de sangre sobre el pasto, el asunto se borró de mi memoria. Pero como el tiempo transcurrió y oí más y más detalles y comentarios, respecto al doloroso suceso, empecé a darme cuenta. Ya mayor, comencé a ir por las casas de los hijos del país y anduve entre los gauchos, en sus reuniones, en el rodeo, en la yerra, en las carreras y en otras ocasiones, oía los diálogos y las narraciones de aquellos hombres, la mayor parte de cuyas vidas transcurrieron en el ejército, y por lo común en guerrillas. Con asombrosa frecuencia la conversación recaía en los episodios del degüello.

No gastar pólvora con los prisioneros constituía en aquella época una ley tradicional en el ejército argentino. El gaucho veterano, práctico en el cuchillo, gozaba en obedecerla. "Era como un consuelo — les oía decir yo — tener como víctima a un joven, poseedor de un buen pescuezo, después del desfile de duras y flacas gargantas". Con una persona de la clase por ellos preferida, no se apuraban para terminar la operación. La realizaban en forma lujuriosa, deleitándose.

Darwin, alabando al gaucho en su *Voyage of a Naturalist*, escribe: "Si un gaucho os cortara el cuello, lo efectuaría como un caballero", y aunque niño, comprendí que el gaucho ejecutaba tal faena como una criatura infernal, regocijándose así con su crueldad, hija del medio guerrero en que actuaba. Escucharía todo lo que su cautivo pudiera decirle para ablandarlo, todas sus plegarias y ruegos, para después responderle: "Ah, amigo (o amiguito, o hermano), tus palabras me traspasan el corazón. Yo te perdonaría, por consideración a tu pobre madre, que te crió con sus pechos, y por tu propio bien. He concebido, en el escaso tiempo que nos tratamos, una gran amistad por ti; pero tu hermoso y blanco cuello es tu ruina. ¿Cómo sería posible que me privara del placer de cortar semejante garganta, tan bien formada, tan suave, y tan flexible? ¡Piensa en la vista de la caliente y roja sangre cayendo de esa blanca columna!"

Y así seguiría, blandiendo la acerada hoja delante de los ojos de su víctima, hasta el final. Cuando les oía relatar semejantes cosas — y estoy citando sus mismas palabras, que recuerdo perfectamente — riendo, deleitándose con semejantes conversaciones sentía tal repugnancia y odio que, después, la sola vista de esos hombres bastaba para producirme sensación de náusea. Me causaban el mismo efecto que el ocasionado, en los días de la canícula, por una osamenta putrefacta de algún animal grande, al que sin advertirlo, nos acercáramos demasiado.

Estos sentimientos sobre el degüello surgieron en mí por grados, formándose mi juicio sobre ellos largo tiempo después de haber contemplado aquel charco de sangre en el pasto. De igual manera, tardé en comprender el significado de la caída del tirano y de los principales cambios efectuados en el país.

La gente hallábase en perpetuo conflicto en lo que atañía al carácter de don Juan Manuel de Rosas. Lo aborrecían muchos, tal vez la mayoría de los ciudadanos argentinos. Otros estaban a su lado y lo elogiaban, aun muchos años después que hubo desaparecido de la escena. Entre los admiradores figuraba la mayor parte de los ingleses residentes en el país. Mi padre pertenecía a ese número. Naturalmente, yo participaba de sus ideas, y llegué a creer que toda la sangre derramada durante un cuarto de siglo, todas las anomalías criminales y demás crueldades practicadas por Rosas, no podían ser medidas con el mismo rasero que los crímenes cometidos por un ciudadano cualquiera, sino, más bien, que propendían al bien del país, con el evidente resultado de que en Buenos Aires y en nuestra provincia entera habíamos gozado por mucho tiempo de paz y prosperidad. Por desgracia, todo esto terminó con la caída del dictador, comenzando para la República un largo período en el que se sucedieron estallidos revolucionarios, derramamientos de sangre y anarquía.

Factores de que yo coincidiera con la alta opinión que sobre Rosas tenía mi padre, fueron también las numerosas historias que conocí acerca de don Juan Manuel y que despertaron mi imaginación infantil y de adolescente.

Muchas de tales narraciones se referían a sus aventuras cuando él se disfrazaba con humildes trajes y rondaba la ciudad por las noches, frecuentando los barrios pobres, donde trababa conocimiento con los habitantes de sus ranchos. La mayoría de los relatos carecían de veracidad, siendo inventados, y no merecen ser reproducidos aquí; pero había y hay una leyenda de la cual debo decir algo. Se refiere a la historia de un pájaro y por ello excitó enormemente mi interés.

A menudo, nuestros vecinos gauchos, cuando yo hablaba con ellos sobre pájaros —sabiendo que ese tema me interesaba más que cualquier otro— preguntábanme si yo había oído alguna vez la canción o el cuento del benteveo,

pájaro muy común en el país, que tiene el lomo marrón y la parte de abajo de color amarillo azufrado, luciendo una cresta o copete, y ostentando en la cabeza listas blancas y negras.

Es un poco más grande que nuestro "carnicero". Al igual que éste es rapaz en sus costumbres. La cara rayada y su largo pico, como el martín pescador, le imprimen un peculiar aspecto de sabio y astuto. El efecto es aumentado por el largo y trisilábico canto, constantemente articulado por el ave. De dicho canto deriva su nombre de bienteveo. El está siempre comunicándonos que se halla presente y que ha puesto sus ojos encima de nosotros, por lo cual debemos ser más cuidadosos en nuestras acciones.

El bienteveo, necesito decirlo, era uno de mis alados favoritos, motivo por el cual pedí a mis amigos gauchos que me refirieran el cuento, que tanto comentaban. Sin embargo, no conseguí una completa narración. Muchos hombres lo habían oído. Ninguno recordaba el poema entero. Únicamente me podían decir que se trataba de un relato muy largo. Más adelante colegí que era algo así como la historia de la vida de ese pájaro y sus aventuras entre sus congéneres. Deduje que el bienteveo siempre estaba tramando picardías y cayendo en apuros, pero que invariablemente escapaba del castigo.

De todo lo que pude oír saqué en consecuencia que pertenecía aquel cuento al tipo del de Reynar el zorro, o al de los relatos gauchos referentes al peludo, explicando cómo este singular animalito siempre consigue engañar a sus perseguidores, especialmente al zorro, que se considera a sí mismo el más inteligente de todos los animales y tiene a su honesto y torpe vecino, el peludo, como a un zonzo de nacimiento.

Los viejos gauchos me informaban de que veinte o más años atrás, había gente que recitaba con frecuencia "relaciones", en las que encontrábase incluida la historia entera del bienteveo. Buenos payadores abundaban también en mis tiempos. En los bailes había siempre uno o dos, que divertían con largos cantos o recitados en los intervalos. Repetidamente procuré indagar entre muchos de los que poseían mayor talento. No encontré ninguno que supiera la famosa balada del bienteveo, y al final abandoné la búsqueda.

En lo que concordaban todas las historias que oí, era en que un hombre acusado de un grave crimen, condenado a sufrir la última pena, mientras aguardaba por largo tiempo su cumplimiento en la cárcel de la capital, se entretuvo en componer la historia del bienteveo. Considerándola bien hecha, regaló el manuscrito al carcelero, en reconocimiento de varios servicios que éste le dispensara.

Aquel condenado carecía de dinero y de amigos que se interesaran en su favor; pero, ya he manifestado, que, a la sazón, no se fusilaba a un criminal inmediatamente de dictada la fatal sentencia.

Las autoridades preferían esperar, hasta que hubiese una docena o más para ejecutarlos. Entonces se les sacaba de la prisión y se les ponía en fila contra el muro exterior, colocando en frente un piquete de soldados armados de fusiles. Los soldados, después de cumplir su cometido, cargaban de nuevo sus armas y aproximándose a los caídos, les aplicaban el "tiro de gracia" a quienes parecían tener aún vida, Y tal porvenir esperaba a nuestro prisionero.

Mientras tanto, el poema circulaba. Lo leían con inmensa fruición varias personas de las que constituían las autoridades. Una de ellas disfrutaba del privilegio de acercarse al dictador, y pensando que podía proporcionar a éste una pequeña distracción, tomó el poema y se lo leyó. Rosas quedó tan encantado de aquella lectura, que perdonó al condenado y ordenó su libertad.

Todo esto, supongo, debió haber sucedido, por lo menos, veinte años antes de que yo naciera. Llegué empero a la conclusión, de que el poema nunca fué impreso, porque de ser así, hubiera llegado a mis manos. Creyendo que algunas copias pudieran encontrarse en poder de los payadores, continué buscando.

Capítulo IX

Hogares en La vasta y verde llanura. - Relaciones con nuestros vecinos. Atracción de los pájaros. - Los álamos y 1a anciana dueña de casa. Cómo trató a San Antonio. La rara familia Barboza. - El hombre sanguinario. - Grandes peledores. - Barboza, payador. - Fuerte altercado sin pelea. - La yerra. - Doña Lucía del Ombú. - Una fiesta. Barboza canta y es insultado por El Rengo. - Rehusa pelearlo. - Dos clases de peledores. - Un pobre angelito a caballo. - Mis sentimientos por Angelita. Incapacidad de los niños para expresar su simpatía. Disputa con un amigo. - Perdurable imagen de una niña.

NUESTROS VECINOS DE LOS ALAMOS

Ya describí el aspecto del llano, de las huertas y de los montes, y me referí a las estancias, comparándolas a lomas o isletas de árboles, que se veían azules a la distancia, en aquel campo liso e inmenso como el mar. Algunas de ellas estaban a varias leguas y eran apenas visibles en el horizonte. Otras, se encontraban más cercanas. La más próxima de todas hallábase a sólo media legua de la nuestra, en la otra orilla del pequeño arroyo, al cual me dirigí en aquel paseo que me permitió experimentar la sorpresa y el encanto de ver por primera vez a los flamencos. Aquella estancia ostentaba la denominación de "Los Alamos", nombre bien aplicable a la mayoría de los establecimientos rurales que tenían árboles alrededor de las casas, pues, invariablemente, todos lucían altos álamos de Lombardía, en largas hileras, sobresaliendo entre los demás y formando un punto de referencia en el distrito.

Cuando inicié mis excursiones a caballo, empecé también a tener trato con los vecinos más cercanos. Al principio me costaba algún trabajo. De niño, me sentía excesivamente tímido en presencia de los extraños y además me inspiraban gran temor los bravos perros caseros, que solían abalanzarse sobre cualquier persona que se acercase a la tranquera. Pero una casa con huerta o monte, apasionábame, ya que donde había árboles anidaban los pájaros, y muy pronto descubrí que algunas veces era posible encontrar aves de distinta clase en una arboleda inmediata a la nuestra.

Paulatina experiencia me persuadió de que la gente se mostraba invariablemente amistosa y gentil con los niños, aunque éstos fueran hijos de extranjeros y herejes. Por otra parte los perros — a pesar de sus ladridos y de su

furia— nunca intentaron realmente derribarme del caballo y hacerme pedazos. De esta manera — pensando exclusivamente en los pájaros y siempre en su busca — me relacioné con algunos vecinos y al conocerlos mejor, año tras año, en no pocos casos, me interesé de tal modo que puedo traer a colación ahora sus idiosincrasias, trazar sus vidas y costumbres y decir cómo llegué, no teniendo yo aún siete años de edad, a establecer mi vinculación con ellos.

Cuando salía, encaminábame frecuentemente rumbo a "Los Alamos". Se encontraba la mencionada estancia al oeste de la nuestra o — como dirían los gauchos — "del lado donde el sol se pone".

Detrás de su monte, encerrado dentro de la hilera de altos álamos, se encontraba aquel riacho, concurrido por los pájaros que tanto me seducían. El correr del agua nunca dejaba de causarme júbilo. Engolfábame placentero en los olores que percibía en ese lugar verde y húmedo; olores de tierra, hierba, pescado, flores y aun de pájaros. Atraíame, especialmente, el olor almizclado despedido en días calurosos por las bandadas de los lustrosos ibis.

Vivía allí, en la casa, una señora vieja llamada doña Pascuala a quien nunca vi sin el cigarro en los labios. Era blanco su cabello, y mil arrugas surcábanle la cara de color habano. Tenía los ojos burlones y la voz alta. Poseía cualidades varoniles de mando. Los vecinos la estimaban como a una mujer buena y discreta. En mi ánimo, no obstante, suscitaba vago recelo. Por eso evitaba su casa, aunque siempre estuviera ansioso por asomarme al monte, para observar los pájaros y descubrir sus nidos. Cada vez que doña Pascuala me veía, no me largaba sin inquirir minuciosamente mi vida y milagros, formulándome un mundo de interrogaciones respecto a mi familia, no omitiendo preguntarme cómo estaban mis padres y mis hermanos, qué hacían, y si era cierto que tomábamos café por la mañana para desayunarnos. Quería saber, asimismo, si era verdad que a todos nosotros, incluso a las niñas se nos enseñaría, cuando fuésemos grandes, a leer el calendario.

Recuerdo que una vez soportamos una larga temporada de lluvias, y la parte baja de "Los Alamos" comenzó a inundarse. Hizo entonces doña Pascuala, cortés visita a mi madre. Aseguró que la lluvia no duraría mucho más. Ella había tomado la estatuita de San Antonio, su santo favorito, que ocupaba preferente lugar en el dormitorio, y atándole una piola a sus piernas la había dejado colgada dentro del pozo, con la cabeza sumergida en el agua. Indignábase porque su patrono, después de toda la devoción que ella le dedicara, y de las velas y flores, la tratara tan mal anegando "Los Alamos". Estaba bien que San Antonio se divirtiera, promoviendo lluvias durante días enteros y semanas seguidas, para averiguar si los hombres se ahogaban o eran capaces de volverse ranas a fin de salvarse. Pero ahora ella vería si a él le gustaba estarse allí, con la cabeza dentro del agua, hasta que el tiempo cambiase.

Cuatro años después, al cumplir yo los diez, doña Pascuala se mudó. La reemplazó en "Los Alamos" una familia de apellido Barboza ¡Qué personas raras la componían! Media docena de hermanos y de hermanas; uno o dos casados, y otro, el jefe de la tribu o familia, era un hombre grandote, de cuarenta años aproximadamente, cuyos fieros ojos de águila brillaban bajo unas cejas negras y frondosas, como penachos de plumas. Su gloria consistía en una inmensa barba, negra como ala de cuervo, de la que parecía estar muy orgulloso. Por lo común, se le veía manoseándola deliberadamente, primero con una mano y después con las dos, partiéndola al medio y tendiéndola luego sobre el pecho, para desplegar su magnificencia. Usaba en la parte delantera de la cintura, el cuchillo o facón de

hoja curva, del largo de dos tercios de una espada y con la empuñadura por el mismo estilo de ésta.

Le acompañaba la fama de gran peleador. Con ella llegó a nuestra vecindad. En aquel tiempo, mis hermanos y yo, incitada nuestra curiosidad por las versiones circulantes, empezamos a interesarnos por este gaucho. Un duelo entre dos hombres esgrimiendo facones, los ponchos envueltos sobre el brazo izquierdo, a modo de escudo, constituía un espectáculo que nos hacía estremecer. Yo había ya presenciado varios encuentros de esa naturaleza; pero se trataba de peleas de poca trascendencia y de escasa importancia, comparadas con los encuentros de reputados "cuchilleros" acerca de los cuales nos llegaban noticias de vez en cuando. Esperábamos que, teniendo entre nosotros a uno de los grandes de verdad, nos sería posible la suerte de asistir a una verdadera pelea. Confiábamos en que, tarde o temprano, algún campeón habría de aparecer para desafiar a nuestro hombre, o tal vez alguno de nuestros vecinos se levantaría para disputarle su pretensión de ser el mandón. Pero nada de esto sucedió, aunque en dos ocasiones creí que el momento tan deseado había llegado.

La primera vez fué en una gran reunión de gauchos. Se le pidió a Barboza, y gentilmente accedió, que cantara una décima, composición poética dividida en cuatro estrofas de diez versos. Como Barboza era cantor, pero no guitarrista, hubo que buscarle acompañante. Un forastero apareció al instante; afirmando que él acompañaba a cualquiera y en cualquier tonada que se le pidiese. Paisano alto, de voz fuerte, conversador y desconocido de todos los presentes, estaba de paso, y viendo una reunión en el rancho se había acercado a participar, dispuesto a dar una mano en el trabajo o en los juegos que pudieran tener lugar. Tomando la guitarra, se sentó al lado de Barboza y empezó a templar el instrumento y a discutir respecto al aire que había de tocar, quedando esto arreglado rápidamente.

Debo decir que Barboza, no obstante su fama originada por sus décimas y por sus sanguinarios duelos, distaba de poseer el arte de combinar los sonidos de agradable manera. Su voz, extraordinariamente áspera, semejava la de un carancho, cuando, en la época de cría, hace retumbar el monte con su prolongado y metálico chillido. Lo interesante de su canto estribaba en las originales palabras que narraban algunas de sus aventuras, mezcladas con ideas y sentimientos de cosas en general condensadoras de su filosofía de la vida. Probablemente, si yo tuviera ahora un borrador de esas composiciones, me darían la impresión de algo horriblemente bárbaro. Sin embargo, lamento no haber anotado algunas, de las que sólo puedo recordar contadas líneas.

La décima que empezó Barboza aquel día referíase a sus aventuras juveniles, y meneando el cuerpo de lado a lado y agachándose hasta que la barba le cubrió las rodillas, comenzó con su ronca voz:

En el año mil ochocientos cuarenta, cuando citaron a todos los enrolados....

Pero he aquí que lo interrumpió el guitarrista; golpeando fuertemente las cuerdas con la palma de la mano y poniéndose en pie gritó: "¡No, no, nada de eso! ¿Por qué me canta del año 1840, ese año maldito? ¡No sigo acompañando! Ni lo escucho, ni permito que nadie cante de ese año, ni de ese hecho en mi presencia.

Naturalmente, todos experimentamos honda sorpresa. Lo primero que se nos ocurrió pensar fué "¿Qué pasará ahora?" Seguramente iba a correr sangre y yo estaba allí para verlo. ¡Qué envidia me tendrían mis hermanos mayores!

Barboza se levantó furiosamente indignado y echando mano a su facón exclamó: "¿Quién se atreve a prohibirme a mí, Basilio Barboza, que cante acerca del año mil ochocientos cuarenta?" "¡Yo se lo prohíbo! — gritó el forastero con furor y golpeándose el pecho —. ¿Sabe lo que es para mí oír esa fecha, ese año

fatal? Es como sí me infiriesen una puñalada. Yo era un muchacho entonces, y cuando terminaron los quince años de mi esclavitud y miseria ¡ya no me quedaba techo donde abrigarme, ni padre, ni madre, ni tierra, ni hacienda!"

Todos en seguida se dieron cuenta del caso de este pobre hombre semienloquecido por el repentino recuerdo de su vida malgastada y perdida. No parecía bien, a los concurrentes, que derramara su sangre y quizás muriera por tal causa. Repentinamente se precipitaron varios, interponiéndose entre él y su antagonista, empujándolo a varios metros. Luego, uno del montón, hombre ya viejo, prorrumpió: "¿Cree usted, amigo, que es el único en esta reunión que perdió su libertad y todo lo que poseía en esta tierra, en ese año fatal? Yo también sufrí como usted". "¡Y yo!" "¡Y yo!", gritaron otros. Mientras esta ruidosa demostración se prolongaba, algunos de los que estaban inmediatos al forastero, empezaron a preguntarle si sabía quién era el hombre a quien prohibiera cantar sobre el 1840. ¿No había oído hablar nunca de Barboza, el célebre peleador, que había muerto a tantos?

Tal vez había oído y no quería morir todavía. Por lo menos cambió de actitud. Se hizo más razonable. Hasta se disculpó. Aceptó Barboza galantemente su afirmación de que no deseaba provocar una riña. Y al fin, no sucedió nada.

El segundo episodio ocurrió unos dos años después, período largo, durante el cual realizáronse muchos duelos a cuchillo en nuestra vecindad; pero Barboza no se había comprometido en ninguno de ellos, ni nadie se había presentado a disputarle su supremacía. Suele suceder, entre los gauchos, que cuando uno de ellos ha demostrado su habilidad y valor, matando a alguno de sus adversarios, se le permita en lo sucesivo vivir en paz.

Un día hallábame presente en el rodeo de una pequeña estancia, a pocas leguas de casa, perteneciente a cierta anciana, a quien conceptuaba a la sazón como a la persona de más edad en el mundo.

Aquella viejecita caminaba sosteniéndose con dos bastones, inclinada casi a medio cuerpo, con los ojos descoloridos y casi ciegos, fijos en el suelo. Tenía cuatro nietas que vivían con ella y que no eran del todo feas. A la mayor la llamaban Antonia, joven corpulenta, de voz gruesa, y la conocían por la Yegua Blanca, debido a su cutis níveo y a su gran estatura. No era, pues, extraño que la yerra en esa estancia atrajese a todos los hombres y a la juventud de varias leguas a la redonda, para servir a la venerable doña Lucía del Ombú. Apodábasela así porque había un gran ombú solitario a cien metros de donde vivía, el que era un mojón bien conocido en los alrededores. También existían unos seis sauces llorones cerca de la casa, que carecía de huerta y de jardín, y no estaba rodeada por zanja ni cerco de ninguna clase. El antiguo rancho de barro, con su techo de paja, se levantaba en la desnuda planicie. Era uno de esos destartados establecimientos en ruinas, con poca hacienda, de manera que, al mediodía, el trabajo había quedado terminado. Los hombres, en número de cincuenta más o menos, se dirigieron a la casa para almorzar.

A causa de lo caluroso del día, y de carecer de bastante lugar en el interior del rancho, las mesas fueron instaladas a la sombra de los sauces. Allí se nos obsequió con asado, puchero, vino y grandes fuentes de arroz con leche — arroz hervido en leche, con azúcar y canela. Después del comino, la canela es la especia más preferida por el gaucho, siendo capaz de cabalgar leguas en su busca.

Terminado el almuerzo y retiradas las mesas, los presentes tomaron asiento en los bancos, en las sillas y en los ponchos tendidos en el suelo. Se fumó y se conversó. Consiguióse una guitarra y estando Barboza presente, rodeado como de costumbre por un grupo de amigos y de admiradores, todos deseando oírle hablar

y aplaudiendo sus salidas con carcajadas, solicitósele, naturalmente, que cantara. El acompañante en este caso fué Goyo Montes, un gaucho bajo, fornido, de ojos azules que resaltaban en su cara roja, y la canción elegida fué *La Lechera*.

Mientras se templaba la guitarra y Barboza empezaba a balancearse, cesó la conversación; un gaucho de nombre Marcos, pero de apodo El Rengo, se incorporó al grupo que rodeaba a Barboza y, sentándose sobre una mesa, puso el pie cojo encima de un banco.

El Rengo era un ser extraño, de rasgos aguileños, ojos oscuros y penetrantes, y cabello largo y negro. Cuando joven se había distinguido entre los demás gauchos como audaz domador, por sus descabelladas aventuras y sus peleas. Un accidente lo dejó rengu por el resto de su vida y, al mismo tiempo, lo salvó de que lo engancharan en el ejército. Sucedió que, apartando en un rodeo, fué despedido del caballo y embestido por un toro, que le clavó los cuernos en una cadera. A partir de tal accidente, Marcos convirtiéndose en un hombre pacífico, querido y respetado por todos como buen vecino y buen compañero. Se le admiraba, particularmente, por su manera graciosa de hablar, lo que ocurría por lo general cuando había tomado unos tragos. Los ojos y la cara se le iluminaban y mantenía a los que lo escuchaban en continuas carcajadas con sus ocurrencias, pero siempre se mofaba mordazmente de alguno. Esto servía para recordar que algo del espíritu peligroso de su juventud sobrevivía aun.

En esos momentos se ponía cargoso, burlón y despreocupado. No bien se sentó sobre la mesa, inició, sonriente y en tono bajo, una serie de hirientes comentarios respecto al cantor y a la tonada. "Si — dijo—, *La Lechera* es una bella canción, pero otro nombre le hubiera sido más apropiado. Cualquiera puede imaginar cuál será éste. Las palabras son más importantes que la tonada, porque tenemos delante nuestro, no a un tierno cantor, a un jilguero en su jaula, sino a un gallo, un gallo de riña con su cresta y cola y un par de espuelas bien afiladas en las patas. Atención, caballeros, está por aletear y cantar".

Yo estaba apoyado en la mesa sobre la cual Marcos permanecía sentado. Empecé a creer que era ése un sitio peligroso para mí, dado que, seguramente, cada palabra era oída por Barboza. Sin embargo, él no hizo caso, y continuó como si ninguna burla se hubiera dicho, lanzando una de sus atroces décimas autobiográficas y filosóficas, En la primera estrofa mencionó que había realizado once muertes, pero usando de una licencia poética, lo cantó así:

Seis muertes he hecho y cinco son once.

Terminada la estrofa, Marcos reanudó sus comentarios. "Deseo saber — exclamó — por qué dice once. No es un número apropiado en este caso. Uno más se necesita para completar la docena. Aquel que descansa en el undécimo no ha completado su tarea y no debe jactarse de lo que ha efectuado. Aquí estoy yo a sus órdenes. Aquí estoy a su mandato. Acá tiene una vida que no vale nada y que está esperando que alguno se la venga a quitar siempre que se sienta capaz de ello".

Las precedentes frases implicaban un desafío directo, y resultó extraño que no le siguiera ninguna acción furiosa, ni relumbrara el acero, ni que la sangre salpicara la mesa y los bancos. No se notó tampoco la menor señal de emoción en la cara del cantor, ni el menor estremecimiento o cambio de modulación en su voz. Y siguió así el cuadro hasta el final; estrofas de Barboza llenas de alabanzas para sí mismo y observaciones injuriosas de parte de Marcos. Al terminar la décima, unos veinte hombres se habían colocado entre los dos, para que no se pelearan.

Había entre los presentes un gaucho viejo que se tomaba un interés especial por mí y por mis conocimientos relativos a los pájaros. Solía hablarme,

exponiéndome la filosofía gaucha, de manera paternal. Encontrándome con él un día después, le observé que Barboza no era merecedor del calificativo de guapo. Yo lo conceptuaba un cobarde. "No – me dijo–, no es cobarde. El pudo haber dado muerte a Marcos, pero lo consideró un error, ya que con ello no podía agregar nada a su reputación y probablemente lo hubiera hecho antipático ante el vecindario". "Eso está bien – le contesté–; pero ¿cómo podía cualquiera que no fuese un collón²⁵ tolerar que se le insultara y desafiara públicamente, sin enojarse y echarse sobre su enemigo?"

Sonrió el viejo y contestó que yo era un muchacho ignorante y que comprendería las cosas mejor algún día, cuando conociese algunos otros "guapos". "Existen hombres – añadió – de temperamento impetuoso, que darían muerte a cualquiera por causas nimias; por una palabra imprudente o fuera de lugar. Otros, en cambio, de carácter más tranquilo, cuya ambición era la de ser grandes peleadores, reñían y mataban, no porque odiasen o tuvieran rabia a la víctima, sino por la fama que su triunfo les merecía. Pertenecía Barboza a esta clase. Cuando él peleaba era para matar y no se dejaba arrastrar a la lucha por cualquiera persona insignificante, o cualquier tonto que se le ocurriera desafiarlo".

Así me habló mi mentor, pero no me convenció del todo. La familia Barboza parecía enorgullecerse de su rareza y de la reputación de peleador que tenía el hermano protector y jefe. No hay duda, que éste era incalificablemente perverso y a pesar de que yo estaba acostumbrado a tales tipos desde mi infancia y no los encontraba muy diferentes a los demás hombres, Barboza, con sus ojos feroces y penetrantes, su tremenda barba y melena, me inquietaba, y por consiguiente dejé de ir a "Los Alamos". Profesaba aversión por todos los de la tribu, con excepción de una niña como de ocho años, hija de una de las hermanas solteras, según se decía en el pago. Nunca descubrí cuál de esas mujeres altas, de caras pálidas y de cejas levantadas, y a quienes la niña denominaba tías, era su madre. Solía verla casi todos los días. A pesar de ser una criatura se mantenía a caballo desde la mañana hasta la noche, montada en pelo y como muchacho, volando por el campo, ya arriando las tropillas o cuidando la majada cuando se alejaba demasiado, o las vacas, para finalmente ir de chasqui a la vecindad o traer los "vicios" de la pulpería. Me parece verla todavía, a galope tendido, descalza, sin medias, con un vestido de percal liviano, el pelo negro suelto, flotando sobre sus hombros. Llamaba la atención la blancura de su hermosa cara, que parecía tallada en alabastro, sin pecas ni rastros de quemadura a pesar del sol y del viento ardiente al que continuamente estaba expuesta. Era también extremadamente delgada y sumamente formal para sus cortos años. Jamás reía y rara vez sonreía. Se llamaba Angela y le decían Angelita, afectuoso diminutivo, aunque dudo que existiera para ella el afecto que el vocablo encerraba.

Ante mis ojos de niño, era una beldad, rodeada por simpática aureola, y deseaba tener el don de expresarle algo que la hiciera reír y olvidar, aunque fuese por un instante, sus muchas preocupaciones y ansiedades, que la hacían tan seria para su poca edad. Nada adecuado se me ocurrió nunca, y si se me hubiera ocurrido, probablemente no se lo hubiera dicho.

Los niños son siempre más inexpresivos cuanto más profundos son sus sentimientos. Por mucho que lo deseen, no pueden expresar su cariño o simpatía. Algunas veces, de manera vacilante, se atreven a pronunciar algunas palabras de esta naturaleza a otro niño o compañero; pero ante una niña, por más compasión que les produzca, se quedan mudos. No olvido que, cuando yo tenía nueve años,

²⁵ Palabra popular que significa cobarde

tuve una gresca por asunto harto trivial, con uno de mis más allegados amigos, muchacho de mi edad, quien con sus padres solía ir, una vez por año, desde Buenos Aires a pasar un mes con nosotros. Durante tres días enteros no nos hablamos una palabra ni nos hicimos caso, mientras antes habíamos sido inseparables. Luego él se acercó y extendiéndome la mano, me dijo:

"Seamos amigos". Yo le tomé la mano que me ofreció, y jamás me sentí tan agradecido como en esa ocasión, justamente porque al acercarse él primero, evitóme la angustia de tener que dirigirle aquellas dos palabras, salidas generosamente de sus labios. Ahora ese muchacho, es decir, la parte material de él, ha quedado reducido a un puñado de cenizas. Está en paz, hace ya mucho tiempo. Pero puedo creer que si la otra parte espiritual se hallara por casualidad en la pieza en que escribo, mirando por encima de mis hombros las líneas que trazo, lanzaría una carcajada, tanto como sería capaz de hacerlo un espectro, ante la evocación que acabo de realizar, y me diría que tuvo que usar de todo su coraje para decidirse a emitir tan simples palabras.

Y así fué cómo nunca le dije nada a la bella y pálida Angelita, y con el tiempo, ella desapareció de mi vida con toda su tribu, incluso el sanguinario tío, dejando grabada su perdurable imagen en mi mente, de la que nunca se borró por completo una cierta inquietud al recordarla.

Capítulo X

"La Casa Antigua", estancia de nuestro vecino inglés más cercano. Viejos álamos de Lombardía. - Cardos espinosos o alcachofas silvestres. Mr. Royd, un inglés criador de ovinos - Dificultades para la fabricación de queso de oveja. - La esposa criolla del señor Royd. - Sirvientes negros. -Las dos hijas: un contraste pronunciado. - La niña blanca de ojos azules y su morocha compañera. - Una familia feliz. - Nuestras visitas a "La Casa Antigua". Comidas magníficas. - Estanislao y su amor por la vida libre. - Los Royd nos devuelven la visita. - Un carruaje de fabricación casera. - Primitivo medio gaucho de transporte. Disolución de un hogar.

NUESTRO VECINO INGLÉS MÁS CERCANO

Una de las más importantes estancias de nuestra vecindad se llamaba "La Casa Antigua", y en efecto, era una asaz vieja residencia para aquellos sitios. Los árboles que la rodeaban hallábanse muy desarrollados y su aspecto denotaba su mucha edad. Claro está que al hablar de antigüedad en la pampa, nos referimos a cosas y sucesos de cien a doscientos años y no de muchos cientos o miles como ocurre en Europa. Aludir a tres centurias en tales lugares de Sudamérica, equivale a remontarse a tiempos prehistóricos. Los álamos de Lombardía, existentes en "La Casa Antigua" y plantados en largas hileras, eran los más grandes que yo había visto. Muy altos, muchos ya parecían estarse muriendo de viejos, ostentando sus troncos áspera y resquebrajada corteza. Los demás árboles de sombra, eran también muy antiguos y nudosos; muchos de ellos a punto de secarse. La casa, construida de adobe, con techo de paja y con ancho corredor, sostenido sobre postes o pilastras de madera, no poseía sin embargo tan vetusto aspecto.

"La Casa Antigua" encontrábase situada a legua y media de nuestra propiedad, pero tal distancia simulaba reducirse a la mitad, debido a la gran altura de sus árboles, que la hacían surgir grande y notable en la vasta llanura. El campo, a su alrededor, encontrábase cubierto por una espesa vegetación de cardos. Esta planta no es sino la alcachofa europea vuelta silvestre y con características algo distintas, debido a la diferencia del suelo y del clima. Sus hojas grandes, de corte pronunciado, tienen un color gris verdoso pálido. El tronco encuéntrase cubierto

de pelusa blanca y las hojas y las ramas poseen largas espinas amarillentas. Crecen como arbustos, muy inmediatos uno al otro, con exclusión de pasto u otras plantas y producen flores del tamaño de la cabeza de un niño, en tallos de un metro o metro y medio de altura. Los troncos, que son tan gruesos como la muñeca de un hombre, usábanse, cuando se secaban, para hacer fuego. Realmente no existía en el país otro combustible, por aquel tiempo, con excepción de la bosta seca de las vacas o el estiércol existente en los corrales de ovejas. A fines del verano, en febrero, quienes juntaban la leña, recolectaban los cardos, con las manos y brazos protegidos con guantes de cuero de oveja. En esa época, nuestros peones solían traer grandes carradas y las apilaban, formando parvas elevadas, para utilizarlas durante todo el año.

Los campos de cardales no se prestan para la cría de ovejas y los de "La Casa Antigua" revestían tal naturaleza. El arrendatario era un inglés llamado George Royd, y en opinión de los vecinos, había cometido un grave error – que tal vez le ocasionaría consecuencias desastrosas – al invertir su capital en lanares finos, para ponerlos en semejante campo. Dicho juicio llegó a mi conocimiento algún tiempo después. Por el momento sabía que él era nuestro vecino inglés más próximo y por este motivo, más apreciado que cualquier otro. Teníamos, es verdad, otros vecinos británicos pues a quienes vivían a medio día de viaje a caballo, se les consideraba vecinos en aquellos "pagos" –, ingleses, galenses, irlandeses y escoceses, pero no pertenecían al tipo de Mr. Royd.

No obstante su cómoda posición (algunos, dueños de grandes propiedades) procedían casi sin excepción de la clase trabajadora y de la clase media de sus respectivos países y sólo manifestaban interés por sus propios negocios. Poseía Mr. Royd características distintas a dicho núcleo. Tendría cuarenta y cinco años cuando yo contaba siete. Bien parecido, elegante, afeitado, con ojos azul claro y pelo castaño, atraía por su esmerada educación. Se complacía en relacionarse con personas de su clase y de su nacionalidad, con las cuales pudiera conversar en su propio idioma. No había ningún inglés en su estancia. De carácter afable, gustaba 'de las diversiones, reía tan franca, como discretamente y causaba placer oír sus carcajadas.

Entusiasta aficionado a la cría de ovejas, siempre acariciaba grandes proyectos, alimentando invariablemente gran esperanza en sus resultados. Una de sus ideas predilectas consistía en que la fabricación de los quesos de leche de oveja le permitiría imponer el precio que se le ocurriera. Por lo tanto, no reparó en obstáculos y empezó a elaborarlos, venciendo grandes dificultades, dado que las ovejas debían ser "amansadas" previamente al ordeño, resultando muy escaso el rendimiento comparado con el de las ovejas de ciertos lugares de Francia y de otros países, donde les ha sido extraída la leche, durante muchas generaciones, lo cual redundó en el mayor tamaño de sus ubres. Lo peor de todo estribaba en que los paisanos dedicados a las faenas de tambo, consideraban denigrante ordeñar ovejas. "¿Por qué no ordeñar las gatas?", preguntaban con desprecio. Sin embargo, consiguió hacer sus quesos y bastante buenos, mucho más ricos que los quesos criollos de vaca. Pero como las dificultades resultaban demasiado numerosas, para poderlos fabricar en cantidad suficiente con destino al mercado, resolvió Mr. Royd suspender provisionalmente el negocio.

Desgraciadamente, el señor Royd carecía de personas que lo secundasen en sus proyectos o le aconsejaran y convencieran de ejecutar algo más práctico. Su familia nunca podía ser otra cosa sino una carga y un estorbo para él, en la lucha por la vida.

Su temperamento romántico y demasiado vehemente, le ocasionó la ruina, convirtiéndolo en el marido de su mujer y haciéndole soñar con una fortuna hecha a base de quesos de oveja.

La esposa era argentina: señora de sangre española, de buena familia y nacida y criada en la ciudad. Se encontraron en Buenos Aires cuando estaban en la época más floreciente y emotiva de sus vidas. Se casaron a pesar de la oposición de los padres de ella y de las grandes dificultades que existían para la unión, entre una católica y un hereje, en aquellos tiempos religiosos. De niña, aquella señora había sido hermosa. Entonces, cuando yo la conocí, a los cuarenta años de edad, era gruesa, con el cutis excesivamente blanco, el pelo y las pestañas negras y los ojos también negros como de terciopelo, Tal la doña Mercedes que yo vi. No se ocupaba en los quehaceres de la casa. Jamás salía de paseo, a pie o a caballo. Se pasaba todo el tiempo en un confortable sillón, siempre bien vestida, y en los días de calor no olvidaba nunca el abanico. Aun me parece oír el ruido de aquella prenda, cuando jugaba con ella, produciendo una sucesión de ondeos, con gracia y ritmo, cual un acompañamiento del torrente sin fin de su conversación.

Persona muy locuaz, para ayudar a hacer la charla más viva, tenía siempre dos o tres loros chillones, en perchas colocadas muy cerca de ella. Le gustaba hallarse rodeada de todas las mujeres de la casa: de sus dos hijas y de la servidumbre, compuesta de cuatro o cinco negras puras, ordinarias, gordas, no del todo mal parecidas, sonrientes, de edad mediana y por lo general vestidas de blanco. Todas las sirvientas permanecían solteras, pero dos o tres de ellas eran madres de unos cuantos negritos, que solían verse jugando y revolcándose en la tierra inmediata al departamento del personal doméstico, el cual ocupaba una fila de piezas al fondo de la casa.

La hija mayor de los esposos Royd, Eulodia, tendría unos quince años en la época que la recuerdo. Alta, delgada, bonita, con el pelo negro azulado, ojos también negros, labios de color coral y cutis notablemente blanco sin rastro de color rosado. Indudablemente, había sido así la madre, cuando el galante e impresionable joven George Royd la había conocido, perdiendo su corazón y su alma. La hermana menor, de unos ocho años en esa época, contrastaba con Eulodia, pareciéndose al padre. Por su color y por su aspecto, tenía el tipo de una inglesa angelical, con cabello largo dorado, formando rulos, ojos azules purísimos y un rostro que parecía pétalo de rosa silvestre. Adelina era su nombre y' para nosotros, Adelina resultaba el ser más hermoso del mundo, especialmente cuando se la veía con su compañera Liberata, chica de su misma edad y estatura, hija de una de las negras sirvientas. Se habían hecho camaradas desde la cuna, y, por eso, Liberata fué destinada a ser en la casa la compañera constante de Adelina, usando, también, bonitos vestidos. Aquella sonrosada mulatita, de rojos labios y ojos negros con reflejos dorados —ojos denominados de carey, en América—, tenía el pelo crespo, con tinte de hierro viejo, suelto como un vellón alrededor de su cabecita; sus rasgos refinados movían a suponer que su padre había sido un hombre singularmente hermoso e indudablemente blanco.

Inseparables, con excepción de las horas de las comidas —en que la morenita debía reunirse con los suyos—, constituían Adelina y Liberata un verdadero cuadro, cuando paradas ambas junto a la silla de la patrona, los brazos entrelazados alrededor de su cuello, mostraban sus tan diferentes tipos de belleza: la una, hermosa y llamativa bajó su morena tez; la otra, blanca, rubia y con los ojos celestes, como las flores del nomeolvides.

Adelina fué siempre la mimada del padre, quien se mostraba también muy cariñoso con toda su gente, incluyendo su negra servidumbre. Le correspondían

todos, transcurriendo la vida en "La Casa Antigua", al parecer, muy feliz y armoniosamente.

Evocando este recuerdo a través del tiempo, me parece que aquélla constituía una de las más extraordinarias familias; la colección de seres más incongruentes que es posible reunir, algo así como una familia "feliz" zoológicamente hablando. No lo parecía así en aquel entonces, cuando en cualquier rancho de las pampas encontrábase uno con personas cuyas vidas e idiosincrasias hubieran sido consideradas, en países civilizados, como sumamente raras y hasta increíbles.

Los niños celebrábamos como fiesta mayor y día de gran júbilo aquel en que, una vez por mes, nos acomodaban en un birlocho y nos llevaban nuestros padres a pasar la jornada en "La Casa Antigua". No conocíamos almuerzo más suculento que el que allí se servía. Se preocupaba Mr. Royd de la cocina con verdadero afán. La preparación de platos raros y deliciosos le satisfacía en extremo. La servidumbre había sido tan bien enseñada en este arte, que nos quedábamos sorprendidos ante la profusión y riqueza de su comida. La equiparábamos nosotros con las meriendas y festines tan minuciosamente descritos en *Las mil y una noches*, especialmente aquella cena de muchos platos, ofrecida por Barmecide a su hambriento huésped, la que siguió a la primera, imaginaria y atormentadora. Sorprendía que un criador de ovejas, en una tierra semisalvaje, lejos de zonas urbanas, pudiera ofrecer semejantes delicias a sus visitas.

Después del almuerzo todavía disfrutaba yo de mi mejor momento, cuando podía apartarme para ir en busca de Estanislao, un paisanito tan entusiasta por la vida salvaje, que dedicaba más tiempo a correr avestruces que a atender sus quehaceres. "Cuando veo un avestruz — solía decir — dejo mi majada y todo trabajo, cualquiera que sea. Prefiero perder mi puesto a dejar escapar un ñandú". Nunca perdió, empero, su puesto, ya que, al parecer, nadie podía hacer nada malo en esa estancia, sin ser perdonado por el amo. Luego, Estanislao —aquel corpulento muchacho, en su indumentaria gaucha, con rojo pañuelo atado a la cabeza, en lugar de sombrero, y su crespa melena negra, cayéndole sobre el cuello y hombros—, solía llevarme al monte para mostrarme algún nido que había encontrado o cualquier pájaro raro que anduviese por allí.

Al anochecer subíamos de nuevo al birlocho. Realizábamos el viaje de regreso a nuestro hogar, y cuando llegaba el día en que el señor Royd nos devolvía la visita, amontonaba la familia en el carruaje que construyera hábilmente con sus propias manos, sin ser nuestro vecino carroceros ni carpintero. Tenía su especial vehículo cuatro ruedas de madera macizas de un metro de diámetro. Los costados, también de madera, medían un metro y medio de alto. Carecía de elásticos y de asientos. Ataba dos caballos a su larga lanza y Estanislao, que montaba uno de ellos, arrancaba a todo galope, arrastrando el aparato entre tumbos y barquinazos, sobre aquella llanura, sin el menor rastro de caminos. La gruesa señora y las demás personas de la familia se libraban de perecer por los golpes, apilando colchones, almohadas y almohadones en el interior del "coche". Este constituía el más raro y primitivo medio de transporte que he visto en mi vida, con excepción del usado comúnmente por el gaucho, para llevar de visita a su mujer a la casa de algún vecino, cuando ella estaba en mal estado" o era demasiado miedosa para montar a caballo.

Utilizaba entonces un cuero de yegua, seco y bien estaqueado, arrastrado por un lazo sujeto a su caballo, generalmente a la sobrecincha del apero. Un banco o almohadón, se colocaba en el centro del cuero, a modo de asiento. Una vez que

ella se instalaba, el jinete, rebenque en mano, salía al galope, arrastrando el estrambótico medio de transporte, cuya vista llenaba de asombro a los extranjeros.

Duró nuestra afectuosa e íntima relación con la familia Royd, hasta que yo tuve doce años, época en que terminó algo repentinamente. El señor Royd, que parecía siempre uno de los hombres más contentos y felices que conocíamos, cayó súbitamente en un estado de profunda melancolía. Nadie podía adivinar la causa; al cabo de un tiempo se le pudo persuadir de que fuera a Buenos Aires a visitar a los amigos y consultar un médico. Se fué solo y se alojó en casa de una familia angloporteña, también amiga nuestra. Poco después, llegó la triste noticia de que se había suicidado, degollándose con una navaja de afeitar.

Más tarde su mujer y sus hijas se fueron de "La Casa Antigua", y al poco tiempo doña Mercedes escribió a mi madre diciéndole que habían quedado sin un centavo. Las majadas y demás bienes debían ser vendidos por cuenta de los acreedores, y ella y sus hijas se encontraban viviendo de la caridad de parientes que no disponían de muchos 'medios tampoco. Su única esperanza radicaba en que las niñas, siendo buenas mozas como eran, llegaran a casarse con hombres de posición. Respecto a su marido — el amable y despreocupado George Royd, el elegante muchacho inglés que la había festejado tantos años atrás—, doña Mercedes emitía un juicio despiadado: consideraba su encuentro con él como una gran calamidad, y expresaba que, al matarse Mr. Royd y dejar a su mujer e hijas en la pobreza, había cometido un crimen imperdonable. Así termina la historia de nuestro vecino inglés más cercano, y tal fué la oración fúnebre que la señora viuda, de regalada vida, consagró a su memoria.

CAPITULO XI

"La Tapera", estancia criolla. - Don Gregorio Gándara. - Su apariencia grotesca y su extraña carcajada. La esposa de Gándara; sus costumbres y sus animalitos mimados. - Repulsión por los perros pelados. Las hijas de Gándara. Avestruz favorito. - En el monte de duraznos. La manada de yeguas overas. - Temperamento imperioso de Gándara. Los caballos de su silla. Sensación en las reuniones gauchas. - El festejante de la hija menor. - Contrae matrimonio en nuestra casa. El cura y el almuerzo de bodas. -Demetrio abandonada por su esposo.

EL CRIADOR DE OVEROS

Parándonos en la tranquera de nuestra casa, mirábamos hacia el norte sobre el llano. Dejando vagar nuestros ojos en dirección al oeste de los altos álamos de Lombardía, pertenecientes a "La Casa Antigua", veíamos luego un nuevo grupo o isla de árboles, azules a la distancia, indicando el sitio de otro establecimiento de campo. Este era la estancia denominada "La Tapera". Con su dueño mantuvimos inalterables y nunca interrumpidas relaciones amistosas, durante los años que vivimos en aquel pago. Era él, don Gregorio Gándara, argentino, y como el señor Royd, muy entusiasta de sus propias empresas. Parecíasele también, en ser casado con una mujer gorda e indolente, que se dedicaba a criar loros y otros animales regalones. Al igual que Mr. Royd, tenía dos hijas y carecía de hijos varones. Y ahí terminaba la semejanza. Difícilmente encontraríase, en los demás aspectos, dos hombres de mayor desigualdad, en apariencia, carácter y fortuna. Don Gregorio era una persona de figura extraordinaria. Su cuerpo, en forma de barril, con las piernas cortas y arqueadas y la cabeza grande y redonda, semejaba una pelota hecha de un bloque de madera de color obscuro, con cara humana, de aspecto tosco y dos grandes orejas, talladas de manera ruda.

Su cabello crespo crecía en forma de motas negras, dando a su cráneo la apariencia de estar hecho en relieve, como la cabeza de un *retriever* lanudo²⁶. Los grandes ojos, de color castaño, eran sumamente salientes y de penetrante mirada, ofreciendo, en conjunto, una expresión de pesadez, análoga a la de un sapo. En ocasiones se reía, y su risa resultaba, para nosotros niños, cosa de lo más grotesco y divertida.

Cuando lo veíamos llegar de visita, desmontando de su caballo, magníficamente aperado, que ataba al palenque, los niños abandonábamos

²⁶ *Retriever*, raza de perro de caza enseñado a traer la presa a las manos del cazador. — N. del T.

nuestros juegos y alegremente entrábamos en la casa, para allí, distribuyéndonos en sillas y taburetes, permanecer silenciosos y atentos, aguardando la célebre risa de don Gregorio. Hablaba de modo sorprendente y enfático, casi haciéndonos saltar cuando aprobaba lo que otro había dicho y que él apoyaba con su repentino y fuerte sí-sí-si-si-si.

Emitía, cuando hablaba, sus frases atropelladamente, las que resonaban como furiosos ladridos. Y cuando, por casualidad, decía algo que despertara su fácil jocosidad, le causaba la risa una especie de ataque. Echábase hacia atrás en la silla, cerraba los ojos, y abriendo todo lo que le daba su tremenda boca, aspiraba con fuerza, produciendo un sonido semejante a un aullido o silbido prolongado, hasta que sus pulmones se llenaban con exceso, impidiendo más aspiraciones y obligándole a expulsar el aire precipitadamente. Tal maniobra la acompañaba de una especie de grito de animal salvaje, algo parecido al alarido de un zorro. Inmediatamente, antes de que este alarido se extinguiera, su rostro recobraba la gravedad anterior y la profunda fijeza en la mirada.

Al gran placer que nos proporcionaba aquel espectáculo, hallábase mezclada la pena de no poder expansionarnos en el acto, pues nuestro padre se disgustaba sólo con observarnos propensos a estallar de risa, lo cual juzgaba grave ofensa a nuestro huésped de honor. Mientras estábamos en la pieza, no nos atrevíamos a cambiar miradas, ni aun a sonreírnos. Pero después de haber visto y oído su maravillosa carcajada, nos escabullíamos y, yéndonos a un lugar apartado, nos sentábamos en círculo y tratábamos de imitarla, encontrando en ello un delicioso pasatiempo.

Sabiendo ya montar a caballo, iba yo a veces, por la tarde, de visita —con mi madre y hermana— a "La Tapera". Nos esperaba allí la señora de Gándara, la mujer más grande y gorda de la vecindad, que le llevaba toda la cabeza y los hombros en altura a su redondeado marido.

No era ella, como doña Mercedes, una mujer de cuna ni tampoco persona educada. Se le asemejaba, no obstante, en sus hábitos y gustos. Sentábase siempre en grande y cómoda silla de junco, afuera o adentro de la casa. A sus lados encontrábanse, invariablemente, cuatro perros pelados; uno, en sus anchas faldas; otro, sobre un cuero de oveja, y los otros dos, sobre alfombritas. Los tres situados en el suelo, esperaban con paciencia el respectivo turno, para ocupar el abrigado regazo, cuando llegara el momento de mudar de sitio al último favorecido. Yo profesaba invencible aversión a estos perros, con lustrosos pellejos azul oscuro, como la cabeza de un negro anciano, y sus blancas y ralas patillas. Estos tiesos y blancos pelos de la cara, y sus opacos y parpadeantes ojos, les imprimían cierta semejanza con los viejos africanos, haciéndolos mucho más repulsivos.

Las dos hijas, ambas ya mujeres, se llamaban Marcelina y Demetria. Grande la primera, morena, alegre y gorda como su madre. Con mejores facciones la otra, el cutis pálido aceitunado, ojos oscuros y melancólicos, con una voz suave y triste y un aire que la hacía aparecer como perteneciente a una familia y raza diferentes. Las hijas nos servían mate, bebida que en mi niñez no me agradaba, pero que en esa casa se imponía tomarlo, porque no había chocolate, ni té para las visitas. En el tiempo de la fruta, me gustaba escaparme al monte. Como en nuestra propia casa, los viejos árboles de durazno crecían en el centro de la arboleda. En el resto, destacábanse hileras de álamos de Lombardia y otros árboles de sombra. Paseaba por la casa un avestruz guacho, y durante todo el tiempo que permanecíamos dentro, o sentados en el corredor, él se quedaba cerca de nosotros. Tan pronto, empero, como nos dirigíamos al monte, nos seguía. Poseía las características de un perro regalón y no podía soportar que lo dejaran solo, o en la

poco simpática sociedad de otros animales domésticos: perros, gatos, gallinas, pavos y gansos. Consideraba a los hombres y a las mujeres, como a los únicos compañeros apropiados para un ñandú. No se le permitía entrar en las habitaciones, debido a su mala costumbre de tragar cosas de metal: tijeras, cucharas, dedales, horquillas, monedas de cobre y otros objetos por el estilo, que arrebatava cuando nadie lo veía, En la huerta, cuando nosotros comíamos duraznos, hacia él lo mismo, y si no alcanzaba su altura para agarrarlos, nos pedía a nosotros — en su lenguaje sin palabras — que lo hiciéramos. Nos servía de gran diversión suministrarle media docena o más simultáneamente, y luego, cuando los engullía con rapidez, observar el curso de la fruta que, como larga hilera de pelotones grandes y redondos, descendían lentamente por su largo cuello y desaparecían, uno por uno, a medida que pasaban al buche.

El gran negocio de Gándara, era la cría de caballos. Por lo general tenía como mil yeguas de vientre, contando de este modo con manadas de tres mil cabezas, overas en su casi totalidad.

El gaucho, desde el más pobre hasta el más poderoso propietario de tierras y ganado, tiene o tenía en aquella época la fantasía de que los caballos de su silla fueran de un solo pelo. Por lo general, todos tenían su "tropilla", compuesta de media o una docena de animales. Les gustaba que fueran lo más semejantes posibles. Así, de este modo, unos tenían alazanes; otros, zainos, doradillos, tordillos plateados o azafranados, cebrunos, gateados, pangarés, oscuros, blancos u overos. En algunas estancias, el ganado vacuno también presentaba un solo color. Yo recuerdo una propiedad donde la hacienda, hasta el número de seis mil cabezas, era toda negra. La manía de nuestro vecino eran los overos, y tan fuerte era ella, que no admitía en sus manadas ningún animal yeguarizo de un solo pelo, a pesar de que criaba para la venta y de que los overos no eran tan preferidos como los caballos de capa normal. Habría procedido mejor, si, insistiendo en un único pelaje, hubiera producido tordillos negros, pangarés, alazanes, gateados o cebrunos, todos pelos favoritos; o mejor aún, que no se hubiera limitado a un color especial. Los padrillos eran todos overos, pero muchas de las yeguas eran blancas, habiendo descubierto que podría tener tan buenos, si no mejores resultados, con yeguas lo mismo blancas que overas. Nadie discutía a Gándara su gusto por estos caballos. Al contrario, él y sus multicolores manadas motivaban admiración. Sin embargo, su ambición de gozar del monopolio de los overos originaba a veces incidencias enojosas. Vendía solamente potrillos castrados de no más de dos años, pero nunca una yegua, a menos que fuera para la matanza. En esos tiempos, los semisalvajes caballos de las pampas se mataban anualmente en gran número, solamente para sacarles el cuero y la grasa. Si Gándara encontraba una yegua blanca u overa en la caballada de un vecino, no descansaba hasta que la adquiría. Dando el doble de su precio en dinero o caballos, raramente encontraba dificultad en obtener lo que deseaba. De vez en cuando, algún gaucho pobre, que tenía solamente unos pocos animales, rehusaba deshacerse de su yegua overa, ya fuera por orgullo o por testarudez, como diría un norteamericano, o tal vez por simple cariño al animal. Esto irritaba profundamente a don Gregorio, surgiendo a la superficie lo más negro de la intimidad de su alma. "¿Qué es lo que querés, entonces? — vociferaba desde su caballo, gesticulando violentamente con su brazo derecho —. ¿No te he ofrecido bastante? ¡Escuchá! ¿Qué diferencia hay entre una yegua blanca, para vos, pobre desgraciado y una de cualquier otro pelo? Si tu tropilla debe ser de un solo pelo, decime cuál preferís. ¿Oscuro?, ¿tostado?, ¿bayo?, ¿alazán?, ¿o qué? Mirá, tendrás dos potrillos de dos años a cambio de tu yegua. ¿Podrías hacer un negocio mejor? ¿Te han tratado alguna vez más

generosamente? Sí rehusás será por despecho, y yo sabré cómo tratarte. Cuando pierdas tus animales y estés arruinado, cuando tus hijos se encuentren enfermos, atacados de fiebre y tu china muerta de hambre, no vengás a mí por caballos, dinero, carne o remedios, pues me tendrás por enemigo en lugar de amigo".

En esa forma, comentábase, era cómo se enfurecía y amenazaba en cada ocasión que algún vecino pobre se oponía a su deseo. Tanto amaba don Gregorio a sus caballos que pasaba la mayor parte del día montado recorriendo sus manadas, en las que nunca faltaba el orgulloso padrillo overo. Vivía constantemente esperando y acechando con ansioso interés el nacimiento de una nueva cría. Si resultaba que el producto no era overo, no le preocupaba más, ni le importaba cuán hermoso pudiera ser su pelo, ni las buenas formas que ofreciese. Tan pronto como podía, se deshacía de él, pero si el recién nacido resultaba del pelo preferido, regocijábese sobremanera, y si mostraba algo extraordinario en el color de su capa, quedaba pendiente de él, concluyendo, al fin, por reservárselo para su silla. De ahí que contara tres o cuatro veces el número de "montados" que necesitaba. Hallándose uno con Gándara todos los días durante una o dos semanas, se le advertía cada vez un caballo diferente y con frecuencia una sorpresa por las variaciones de su color.

Había algo de fantástico en esa pasión. Hace recordar al famoso molinero de Newhaven, del siglo XVIII., descrito por Mark Anthony Lower en su libro sobre las extrañas costumbres y caracteres raros de Sussex, en los tiempos de antaño. El molinero visitaba a caballo, semanalmente, a sus clientes de los pueblos y aldeas vecinas. Siendo su caballo originariamente blanco, solía pintarlo de azul, verde, amarillo, anaranjado, morado o rojo. Toda la aldea salía a observar el extraordinario animal del molinero y apostaba sobre el color predominante en su próxima visita. Los caballos de Gándara ostentaban un colorido extraño, por naturaleza y por la ayuda de la selección artificial. Recuerdo que en mi infancia me parecían muy hermosos. A veces eran overos negros, zainos overos, castaños overos, overos tordillos plateados u overos rosados; pero el punto principal estribaba en la combinación agradable y en el matiz de los tintes oscuros. Algunos de sus ejemplares escogidos eran tordillos azafranados o azulejos; otros, más hermosos aún, gateados overos o lobunos overos, y los mejores de todos, quizá de un tinte tostado metálico entremezclado con blanco, pelo que los nativos le llaman bronce o bronceado²⁷ que nunca he visto en Inglaterra. Los caballos de este pelo tienen las orillas y las puntas de las orejas de color negro, y el hocico, las ranillas, las crines y la cola también de color negro. Ignoro si alguna vez consiguió producir uno color carey.

El orgullo de Gándara, exhibido en los caballos que montaba, raras flores escogidas de su jardín equino, se demostraba en la manera con que él los aperaba, con cabezadas, frenos y demás arneses de brillante plata, mientras el jinete descuidaba su propio traje, llevando un sombrero antiquísimo y sucio, botas sin lustrar y el viejo poncho indio, ya gastado, sobre su vestimenta gaucha. Quizás uno de los momentos más felices de su vida lo experimentaba cuando, llegando a unas carreras, yerra u otra reunión del paisanaje del pago, todos los ojos se dirigían hacia él.

Desmontando, maneaba el caballo, amarraba sus resplandecientes riendas al arzón trasero del recado, y lo dejaba tascando su gran freno criollo y sacudiendo su adornada cabeza; mientras la gente se agrupaba alrededor para admirar el extraño pelaje del animal, como si hubiera sido un Pegaso recién descendido de

²⁷ Se refiere al moro bronceado. — N. del T

los cielos y que se detuviera un rato colocándose en exposición entre los caballos de la tierra.

Mis últimas impresiones de "La Tapera" se relacionan más con Demetria que con los overos. No tenía por cierto una figura elegante, cosa natural en una hija del grotesco don Gregorio. Su rostro, empero, como ya lo he dicho, atraía por el color y la expresión suave y pensativa. Hija de un hombre que poseía tantos animales, no le faltaban pretendientes. En esos tiempos pasados, el joven ocioso, alegre, bien vestido y jugador, era siempre el primero y más afortunado galanteador de una niña; pero en "La Tapera" los jóvenes enamorados tenían que contar con uno que, aun cuando parezca increíble en un gaucho, odiaba el juego y reservaba una mirada hostil y aterradora para los que se le aproximaban. Eventualmente, Demetria se comprometió con un forastero que consiguió persuadir al padre, quien lo creyó excelente persona y con aptitudes para poder mantener a la esposa.

Sucedió que el sacerdote más cercano, en esa parte del distrito, vivía a gran distancia, y para llegar hasta él y su pequeña iglesia con techo de paja, había que atravesar un cañadón de más de media legua de ancho y en cuyo barro el caballo se hundía hasta la barriga, por lo menos una docena de veces, antes de cruzarlo. En tales circunstancias, la familia Gándara, no pudiendo ir hasta donde estaba el cura, resolvió convencerlo de que fuese él quien viniera a impartir las bendiciones nupciales. Juzgando que "La Tapera" no constituía lugar bastante apropiado para efectuar tan importante ceremonia, mis padres invitaron a los esposos Gándara para realizar el matrimonio de su hija en nuestra casa. El sacerdote llegó a caballo, al mediodía, bajo la acción de un calor sofocante, causado, todo salpicado de barro y de muy mal humor. Tampoco le gustaba el tener que unir a dichos jóvenes en el hogar de unos herejes, condenados a terrible futuro, cuando sus rebeldes vidas terminaran. Sin embargo, realizó el oficio, y luego recobró su buen humor, poniéndose bastante alegre y locuaz en el comedor, estimulándole el gran almuerzo de bodas en el que abundaba el vino.

Durante aquel almuerzo, observé a menudo y por largo rato la cara de los recién casados, compadeciéndome de nuestra delicada y dócil Demetria. No me gustaba que se hubiera entregado al hombre aquél. No era sin embargo éste mal parecido. Vestía bien su traje gaucho, pero como era extrañamente silencioso y parecía estar preocupado todo el tiempo, no conquistó nuestra simpatía. Nunca lo volví a ver. Pronto se descubrió que era un tahur y que no poseía otra habilidad para vivir que la del manejo de los naipes, obligando a don Gregorio, en un arrebato de cólera, a mandarlo de vuelta a sus pagos, lo que hizo rápidamente, dejando a la pobre Demetria en poder de sus progenitores.

A raíz de este desgraciado incidente, don Gregorio compró una casa en Buenos Aires para su señora y sus hijas. De esa manera, ellas podrían ir a pasarse allá un mes o más, cuando quisieran, y tuve ocasión de visitarlas una o dos veces, en mis viajes a la ciudad. Don Gregorio se hubiera encontrado fuera de su elemento en la capital, encerrado en una pieza para él estrecha o balanceándose penosamente con sus piernas cambadas, sobre las toscas piedras de las entonces angostas calles. El no comprendía otra vida que no fuera la de estar montado sobre uno de sus overos, en la extensa y verde llanura, vigilando sus queridos animales.

Capítulo XII

La estancia "Cañada Seca". - Terrenos bajos. - Inundaciones. - Don Anastasio, gaucho exquisito. - Un hombre muy respetado. - Parientes pobres. - Afición a los cerdos.. Salvación milagrosa. - Encanto de los campos verdes y bajos. Los macachines. - Bulbo de gusto dulce. Belleza del césped florecido. - Sitio preferido por los chorlos. - Las boleadoras. - Adquiero experiencia en la caza de chorlos. La censura de un gaucho. - Nuestro lugar de juegos en verano. - Laguna en invierno. - El venenoso escuerzo ceratophrys. - Ejecución vocal de éste. - Guerra a los batracios. - Gran batalla en la laguna. - Su resultado.

EL JEFE DE UNA CASA EN DECADENCIA

Me corresponde, ahora, referirme al penúltimo de la media docena de nuestros vecinos inmediatos, escogido como el más típico de los pequeños estancieros, componentes de una categoría de propietarios de tierras, y ganaderos ya entonces en decadencia y que, en la actualidad, van desapareciendo rápidamente. Se llamaba don Anastasio Buenavida, y asumía carácter de persona original en el minúsculo ambiente en que actuaba. Era uno de nuestros vecinos más cercanos, hallándose su estancia a una media legua más o menos de la nuestra, hacia el sur. Como la mayoría de estos antiguos establecimientos, se trataba de un edificio largo y bajo, con techo de paja, encontrándose próximos los corrales para la hacienda y las ovejas y una antigua arboleda de sombra, bordeada con hileras de altos álamos de Lombardía. Todo el lugar tenía un aspecto ruinoso y abandonado, encontrándose la tierra cubierta de yuyos, de huesos blanqueados y de otros desperdicios, habiendo sido destruidas también las empalizadas y zanjas, de modo que el ganado quedaba en libertad para restregarse en los troncos de los árboles y roer la corteza. Denominábase la estancia "Cañada Seca", por un lento y turbio arroyo que invariablemente se secaba en verano. En invierno, después de fuertes precipitaciones, rebalsaba sus bajas riberas y, en estaciones muy lluviosas, estos derrames formaban un solo bañado entre "Cañada Seca" y nuestra casa. Con júbilo recibíamos los niños la estación de las lluvias. La vista de las grandes porciones de agua clara y de poca profundidad, con el césped de color verde vivo abajo, nos excitaba alegremente proporcionándonos días venturosos.

Don Anastasio Buenavida era un hombre de mediana edad, soltero, profundamente respetado por sus vecinos. Le consideraban algunos como persona de suma importancia. Tanto oí en su encomio que, durante mi infancia, tuve por él un sentimiento de reverencia que duró años y no se desvaneció totalmente hasta que, ya adolescente, empecé a fundar y desarrollar mis propias opiniones. Hombre bastante menudo, apenas medía poco más de un metro y cuarenta y cinco de altura. Era delgado, con una cintura fina, con manos chicas y pies diminutos como de mujer. El color de su pequeña cara ovalada semejaba el de un viejo pergamino. Tenía ojos grandes, oscuros y patéticos, bigote negro perfectamente formado y una larga y negra cabellera, que usaba en bucles simétricos caídos hasta los hombros. En su indumento demostraba su gusto refinado. Usaba el pintoresco traje gaucho: camisa o blusa de fina tela negra profusamente decorada con botones de plata, pliegues, tablas y bordados de color rojo y verde, y chiripá – prenda esta última que se usaba en vez de pantalones – de fina lana amarilla o color vicuña, blancos calzoncillos cribados (asomándose por debajo del chiripá) del más fino hilo y con flecos y encajes, según se usaban en esta prenda.

Llevaba siempre bien lustradas las botas y su poncho azul lucía forro punzo.

El arreglo de su tocado, desde los bucles al traje, debía tomarle a don Anastasio un par de horas cada mañana. Ocupaba en seguida su asiento en la sala, sorbiendo mate amargo. Interviniendo de cuando en cuando, en la conversación general, hablaba siempre en tono poco elevado, pero tan reposado como solemne. Acostumbraba comentar el estado del tiempo, la falta o la superabundancia de agua, según la época, el estado de sus animales y la condición del pasto. Realmente, repetía lugares comunes, los que, procediendo de él, adquirirían relieve y trascendencia. Todos escuchaban sus palabras con la más profunda atención y respeto, actitud muy lógica, ya que la mayoría de los que estaban sentados a su alrededor, tomando mate, figuraban entre los parientes pobres que comían gracias a su generosidad.

Don Anastasio era el último de una larga serie de estancieros con antepasados ricos en campos y haciendas, pero que, de generación en generación, veían agotarse su grandeza de otrora. La propiedad de "Cañada Seca" disminuía a medida que se vendían las tierras; quedábale ya muy poco campo. El ganado vacuno y ovino y los caballos, escaseaban. Disponía apenas de una pequeña majada de ovejas para proveer de carne a la casa. Sus parientes menesterosos, que vivían esparcidos por el distrito, sabían que no solamente podían contar con su generosidad, sino también que era un hombre sumamente débil y de corazón blando, a pesar de sus aparatosos modales. A muchos de los más necesitados les había permitido construir sus ranchos en la estancia y mantener unos pocos animales para su sostenimiento. Casi todos habían hecho sus viviendas detrás del monte, lo más aproximado posible a la de don Anastasio, poseyendo, tal conjunto de poblaciones, el aspecto de una aldea. Todos los parientes ejercían el derecho a la cocina o *living-room*, que, por lo general, estaba ocupado por ellos – especialmente por las mujeres – charlando, dando chupadas a interminables mates y escuchando atentamente, llenas de admiración, las sabias palabras que salían a intervalos de los labios del jefe de la familia o tribu.

Don Anastasio, con sus rizos y demás cuidados de tocador, resultaba una persona totalmente ineficaz, incolora y afeminada, en perfecto contraste con su feo y mal vestido vecino Gándara, quien, aunque tenía forma de barril, poseía una vigorosa inteligencia. Sin embargo, él también gustaba de los animales, lo cual le distinguía de los demás estancieros y hasta lo hacía parecer a Gándara, pero en forma ridícula. Mientras Gándara se dedicaba a la cría de caballos overos, don

Anastasio revelaba y practicaba su predilección por los cerdos. Se habría parecido a Gándara, si los porcinos hubieran sido de buena clase; pero, en verdad, no sucedía así y no merecían ni ser engordados para la venta. A ninguna persona se le ocurriría comprar semejantes animales. Pertenecían a la cría de chanchos salvajes, descendientes originariamente del cerdo europeo, importado por los primeros colonos españoles y que, tras dos o tres siglos de vida agreste, habían cambiado bastante de la índole de sus progenitores. Este cerdo cimarrón, llamado barraco, en la lengua del país, era un tercio más pequeño que el animal doméstico, con patas de mayor longitud y cabeza más puntiaguda y de un color uniforme rojo herrumbrado. Entre centenares, no vi uno solo, siquiera, con manchas negras o blancas.

Creo que en período anterior al de don Anastasio, algunos de estos chanchos cimarrones habían sido mantenidos como una curiosidad en la estancia. Cuando él se hizo cargo de ella, dejó que aumentaran y vagaran en piaras por todas partes, causando mucho daño al hozar²⁸ gran cantidad de hectáreas del mejor campo de pastoreo, en busca de gorgojos, lombrices, grillos, culebras, raíces y bulbos de su agrado. Esto era su único alimento cuando no encontraban osamentas de vacas, caballos u ovejas, de las que se nutrían en compañía de los perros y caranchos. No permitía don Anastasio que sus cerdos fueran muertos. Probablemente, empero, sus parientes pobres y "agregados" salían de vez en cuando, por la noche, para darles caza, cuando escaseaba la carne de vaca o de oveja. Yo nunca probé ni intenté probar su carne, El gaucho gusta, con preferencia, de los dos animales de carne más sabrosa en las pampas: el avestruz y el peludo. Estos los podía yo conseguir y gozaba comiéndolos, a pesar de que, frecuentemente, mis amigos ingleses me decían que eran demasiado fuertes para sus estómagos; pero la sola idea de comer la carne del cerdo salvaje originábame una sensación de asco.

Un día, cuando tenía yo ocho años, galopaba hacia mi casa por un lugar solitario, situado a una legua y media de distancia de nuestro hogar. Iba por un camino angosto, a través de espesa vegetación de gigantescos cardos, de dos metros o más de altura, cuando de improviso vi un montón grande y redondo de plantas de cardo que habían sido arrancadas enteras y formaban un refugio bastante alto contra el ardiente sol. Cuando me acerqué, un fuerte y salvaje gruñido y el grito de muchos pequeños lechoncitos me detuvo. De aquel montón salió furiosa y se abalanzó sobre mi una chancha colorada, con el manifiesto propósito de atacarme. El petiso pegó una espantada desacomodándose, pero por suerte, instintivamente, yo me había asegurado de las crines con ambas manos. Merced a un violento esfuerzo, conseguí volver a poner una pierna sobre el caballo. Rápidamente dejamos el peligroso enemigo detrás. Entonces, recordando todo lo que se me dijera sobre la ferocidad de estos barracos, pensé que había escapado milagrosamente de un serio peligro, ya que si hubiera caído del caballo, la bestia salvaje habríame dominado y de seguro muerto en un par de minutos; hallándose, probablemente, desesperada de hambre y de sed, en ese caluroso y solitario sitio, con una cantidad de crías para alimentar, no habría demorado mucho en devorarme, con huesos y botas inclusive.

Semejante conjetura me indujo a reflexionar respecto al efecto de mi desaparición, a la terrible ansiedad de mi madre y a lo que habrían imaginado y hecho. Deducirían, por la llegada del petiso, que habría caído en alguna parte. Me buscarían por los alrededores, especialmente en todos los puntos agrestes y solitarios, donde anidaban las aves; en terrenos donde los cardos florecían más y

²⁸ tr. e intr. Escarbar en la tierra con el hocico

en los extensos juncales de los pantanos, pero no hubieran dado conmigo. Por último, cuando la búsqueda se hubiera terminado, algún gaucho, cruzando el cardal por un sendero de hacienda, divisaría un pedazo de paño, un trozo de traje de niño y sólo entonces el secreto de mi final se habría descubierto.

Nunca me gustaron los chanchos colorados por la manera como hozaban y destruían la hermosa y verde superficie de la tierra, con sus hocicos duros como hierros, y por el olor fuerte y desagradable que despedían. Tras la aventura con la chancha, dicha sensación fué de mucha mayor intensidad. Admirábame, cada vez más, de que aquella alma hermosa de don Anastasio guardara cariño a bestias tan detestables.

En primavera y a principios del verano, las tierras bajas que rodeaban la "Cañada Seca" se trocaban en sitios agradables a la vista y para cabalgar, siempre que los chanchos con sus hozaduras no los hubieran desfigurado. Si se hallaban libres de la invasión porcina, conservaban su verde brillante, mientras que los terrenos más altos mostrábanse resecos y de color marrón. Más tarde, también al sucederse las lluvias, se ponían hermosos con las brillantes y pequeñas flores amarillas, llamadas macachines.

Estas eran las primeras flores silvestres que aparecían en el campo. Nos atraían con el mismo interés y encanto que revisten para el niño, en Inglaterra, la frutilla, la hiedra silvestre, la celidonia y otras flores tempranas. Nuestro placer por esas primeras flores amarillas aumentaba porque las podíamos masticar, gustándonos su sabor agrio. Además comíamos su bulbo redondo y pequeño, del tamaño de la avellana, de color blanco perla y que proporcionaba a nuestro paladar el gusto del agua azucarada; tenue dulzura, suficiente para hacernos desenterrar los bulbos con los cuchillos de la mesa. Los niños aprecian los objetos, no sólo por su belleza, sino también por su sabor. El macachín era de la estructura de la accederá silvestre, lo mismo la flor que las hojas. Más pequeñas éstas, crecían cerca de la tierra, ya que la planta prosperaba mejor donde el pasto estaba corto, donde habían pacido las ovejas, formando un césped liso como el de nuestras praderas gredosas.

Las flores no crecían aglomeradas, por el estilo del diente de león, originando manchas de un amarillo brillante, sino a una distancia de dos a tres pulgadas. Producía cada frágil tallo una flor sola, que se alzaba a unos diez centímetros sobre el césped. Tan finos eran los tallos, que el menor soplo del viento movía las flores y así constituía un bello espectáculo, que a menudo me retenía quieto en medio del campo, mirando a mi alrededor, por cientos de metros, la alfombra verde de pasto que estaba abundantemente salpicada con miles de pequeñas flores amarillas, todas inclinadas por la corriente leve del aire.

Los chorlos preferían también los terrenos verdes y planos cuando venían, en septiembre, procedentes de su lugar de origen, a muchos miles de millas de distancia, en las regiones árticas. Más tarde, durante la estación, cuando escaseaba el agua, marchaban a otra parte. Venían en bandadas. Eran estimados para ser comidos y especialmente le gustaban a mi padre. Sólo podíamos conseguirlos, empero, cuando uno de mis hermanos mayores – el deportista de la familia – salía a cazarlos. Como yo era muy pequeño, no se me permitía usar escopeta. Sin embargo, como sabía tirar las boleadoras, ejercicio que me habían enseñado los pequeños niños criollos, con quienes a veces jugaba, creí poder procurarme algunos de esos pájaros, valiéndome de aquel conocimiento. Las bolas usadas para este objeto son hechas con una cuerda de dos metros de largo, construida con finos tientos de cuero de potro, torcido o trenzado y una bola en cada extremo; una del tamaño de un huevo de gallina y la otra más chica que la mitad de ésta. La

bola pequeña se sujeta en la mano. Se hace girar la otra tres o cuatro veces en el aire, y las boleadoras son entonces lanzadas sobre el animal o pájaro que se desea capturar.

Muchas horas pasé, durante varios días consecutivos, persiguiendo a las bandadas con mi petiso, lanzándoles las boleadoras, sin lograr agarrar más que un pájaro. Mis procedimientos, sin duda, divertían a las gentes de la estancia, quienes, frecuentemente, se sentaban afuera, tomando su eterno mate. Quizás a don Anastasio no le gustaba mi tarea, ya que él me parecía una especie de San Francisco con respecto a los animales inferiores, según lo comprobaba el hecho de que, indudablemente, amaba sus abominables puercos. La última vez que invertí mis vanos esfuerzos en conseguir atrapar algún chorlo, sucedió que un tremendo gaucho barbudo, con el sombrero echado a la nuca, que venía de la casa montando un caballo grandote y pasaba a una distancia aproximada de treinta metros, de repente detuvo su cabalgadura y volviéndose, vino hacia mi al galope, hasta que ya muy cerca, me gritó: "¿Por qué venís aquí, inglesito, a asustar y espantar a los pajaritos de Dios? ¿No sabés que no dañan a nadie y está mal herirlos?" Y con esto, se alejó.

Yo quedé furioso por haber sido retado por un gaucho ignorante y ruin, quien, como la mayor parte de los de su clase, diría mentiras, trampearía en el juego, robaría, además de otras cosas malas, sin ningún remordimiento. También me pareció divertido oír que al chorlo, que yo quería para comer, le llamaran "pajarito de Dios", como si fuera reyezuelo, golondrina o colibrí, o el querido y pequeño picaflor de los juncales. Experimenté vergüenza, no obstante, y abandoné la caza.

El más cercano de los lugares bajos, verdes y húmedos, que he descrito como situado al sur, entre nuestra casa y la "Cañada Seca", encontrábase a veinte minutos de nuestra tranquera. Era un área llana, de forma ovalada y de cincuenta hectáreas, que conservaba su verde vivo y su frescura en enero, cuando el terreno de los alrededores mantenía el color marrón mohoso. Lo elegíamos como sitio delicioso para corretear y jugar, y a pesar de que los chorlos no llegaban hasta allí, lo visitaban en cambio, durante el verano, pequeñas bandadas del bonito batitú, que tiene los hábitos del chorlo, que anida también en las regiones árticas y pasa la mitad del año en el sur de Sudamérica. La verde área citada se inundaba después de fuertes lluvias. Convertíase a la sazón en vasta laguna, a pesar de que el agua no tenía más de un metro de profundidad, y en las enunciadas épocas estaba infestada por un animal grande y venenoso, parecido a la rana, llamado escuerzo por el vulgo, pero que los naturalistas han colocado dentro de una familia bien diferente a la de los batracios, llamándolo *ceratophrys ornata*. En su forma, se parece a la rana, pero es más abultado y con la cabeza más grande. Es del tamaño del puño de un hombre, verde vivo, con marcas negras y simétricas en el dorso y con el pecho amarillo. De aspecto terrible, tal batracio se devora las ranas comunes, tragándose las vivas, justamente como la *hamadryada* se traga otras serpientes, venenosas o no, y como el cribo de la Martinica, serpiente grande no venenosa, que mata y se traga la mortal *fer de lance*.

En verano no temíamos a estos animales, que se entierran en el suelo, donde duermen durante la temporada seca y calurosa, saliendo en tiempo de humedad. Nunca conocí un lugar donde estos bichos fueran más abundantes que en aquella laguna invernal. Durante la noche, en tiempos de inundaciones, permanecíamos en vela escuchando sus conciertos. El *ceratophrys* croa cuando está enojado; es el más cruel de los batracios y se enfurece si uno se le acerca. Sus primeros esfuerzos para cantar suenan como un profundo y áspero graznido prolongado? pero a

medida que pasa el tiempo, gradualmente adquieren noche tras noche, un sonido menos ronco, más sostenido y de más alcance. Había siempre gran variedad en los tonos. Mientras algunos continuaban bajos y ásperos —el sonido más desagradable de la naturaleza—, otros eran más claros y bastantes musicales. Entre la gran cantidad había siempre algunos del esparcido coro que sobresalían de todos los otros con notas altas y prolongadas, semejantes a un órgano.

Escuchando su variada actuación, una noche que estábamos en cama, mi hermano el deportista propuso que a la mañana siguiente arrastráramos a la laguna uno de los bebederos de la hacienda, para echarlo dentro de ella e ir en busca de estos peligrosos animales tan aborrecidos y matarlos con nuestras chuzas. No era imposible el proyecto, puesto que los animales se podían ver entonces nadando o flotando en la superficie y desde nuestra embarcación también los podríamos notar a medida que se movieran sobre el fondo verde.

Al efecto, a la mañana siguiente después del desayuno, salimos sin comunicar nuestro plan a nadie, y con gran trabajo arrastramos la batea al agua. Era un objeto en forma de cajón, como de seis metros de largo, setenta centímetros de ancho en el fondo y noventa en la parte de arriba. También estábamos provistos de tres jabalinas o chuzas, de la vasta armería de mi hermano, una para cada uno de nosotros.

En esos días había él estado leyendo un tratado de historia antigua, y excitado con la relación de guerras, en las cuales se peleaba cuerpo a cuerpo, abandonó fusiles y pistolas, poniéndose con frenético celo a fabricar viejas armas: arcos y flechas, picas, hachas y jabalinas. Estas últimas eran palos, como de dos metros de largo, hechos con esmero, de madera de pino — no hay duda de que había sobornado al carpintero para que se los hiciera teniendo en la punta viejas hojas de cuchillo, de unos quince centímetros de largo, terriblemente afiladas. Tan formidables armas no se precisaban para nuestro objeto. Habrían sido útiles si hubiéramos ido contra los feroces y poderosos chanchos de don Anastasio, pero así lo mandaba él y, para su alocada y belicosa imaginación, los animales en forma de sapo significaban guerreros de alguna tribu hostil, que se nos enfrentaba, no recuerdo si de Asia o Africa, y a la que debíamos exterminar.

Tan pronto como nos introdujimos en nuestro largo bote, de armazón tosca, se volcó y caímos todos al agua. Fué ese el primero de una docena de trastornos y nuevos baños que sufrimos durante el día. Sin embargo, conseguimos navegar alrededor de la laguna y cruzaría dos o tres veces de lado a lado matando a chuzazos setenta u ochenta de nuestros enemigos.

Cuando el corto día de invierno tocaba a su término, y todos nos sentíamos envarados, fríos y medio muertos de hambre, nuestro comandante pensó que sería conveniente terminar la gran batalla y la terrible matanza de los salvajes enemigos, encaminándonos penosamente a casa, con las ropas empapadas y los zapatos cloqueantes. Llegamos demasiado cansados para darle mucha importancia al sermón que nos esperaba, contentos de ponernos ropa seca y sentarnos a comer y tomar té. Nos acomodamos luego al lado del fuego, tan cerca como pudimos, hasta que todos empezamos a estornudar, a sentir la garganta dolorida y la cara ardiendo. Finalmente, cuando afiebrados y tiritando de frío, nos fuimos a la cama, no pudimos dormir; y he aquí que el gran coro nocturno seguía como de costumbre. A pesar de la gran matanza, no habían disminuido los enemigos. Por el contrario, parecía que ellos festejaban una gran victoria; especialmente, cuando muy alto sobre las profundas y ásperas notas, se oían los agudos sonidos de los directores de aquella orquesta.

¡Cómo hubiera deseado entonces – agitado y ardiendo de fiebre en la cama – haberme sublevado y rehusado, desde un principio, a tomar parte en las aventuras de tal jornada! Era demasiado niño para haber resistido. Una y otra vez, cuando atravesé los batracios con mi lanza, experimenté tremendo disgusto y horror. Y en semejantes horas de insomnio, con tan terrible canto repercutiendo en mis oídos, recordaba todos los episodios del día y me consideraba víctima de una pesadilla

Capítulo XIII

El gran viejo de las pampas. - El patriarca don Evaristo Peñalva. La primera vez que vi su estancia. - Descripción de don Evaristo. El esposo de seis mujeres. - Cómo era de estimado y querido por todos. Al dejar mi casa perdí de vista a don Evaristo. - Lo encuentro nuevamente siete años después. - Su salud quebrantada. - Su primera esposa y su hija Cipriana. - La tragedia de Cipriana. - Don Evaristo muere. Rumbo ignorado de su familia.

UN PATRIARCA DE LAS PAMPAS

Los patriarcas eran bastante comunes en el país de mi nacimiento hombres ancianos, graves y respetables, con imponentes barbas, dueños de tierra, hacienda y numerosos caballos, aunque muchos de ellos no pudieran deletrear sus propios nombres. No faltaban ejemplares varonilmente hermosos, con facciones regulares, descendientes de buenas y antiguas familias españolas, que colonizaron las extensas pampas en el siglo diecisiete y a principios del dieciocho. Creo no haberme referido a ninguno de esta especie en los capítulos anteriores, salvo que lo fuera el postrer de los nombrados personajes: don Anastasio Buenavida, el de los cabellos enrulados como tirabuzón y de la ‘extraña afición por los cerdos.

Ciertamente, él pertenecía a la antigua clase de propietarios. Sus facciones refinadas y sus delicadas y pequeñas manos y pies, evidenciaban su ascendencia. Mas las señales de degeneración resultaban igualmente visibles. Bastaba reparar en su persona afeminada y frívola, para no incluirlo con propiedad entre los patriarcas. Su feo y grotesco vecino, el de los caballos overos, puede considerarse más como uno de ellos. Ya describí las personas que vivían cerca de nosotros, los vecinos inmediatos propiamente hablando, con quienes me relacioné desde la infancia. Pude seguir su suerte a medida que yo crecía, hallándome así en condiciones de contar sus historias completas. Los patriarcas, aquellos magníficos estancieros gauchos, que logré conocer, se encontraban diseminados por toda la región. Con excepción de uno, no los traté íntimamente desde la niñez. Prefiero, a llenar este capítulo con sus retratos, ocuparlo por entero con el que mejor conocí: don Evaristo Peñalva.

No recuerdo ahora, exactamente, cuándo lo vi por vez primera. Me parece que no tenía yo seis años, aunque estaba muy cerca de tal edad. En el capítulo sobre mis iniciales aventuras con los pájaros, he descrito mi primer paseo largo

por la llanura, cuando dos de mis hermanos me llevaron a un riacho algo distante, donde quedé encantado al divisar los flamencos. Después de esto, mientras estábamos parados a la orilla del arroyo, que tenía un ancho como de doscientos metros en ese punto, habiéndose rebalsado sus bordes, uno de mis hermanos mayores me señaló una casa techada de junco, situada a seis u ocho cuadras al otro lado del agua, y me informó que allí se encontraba la estancia de don Evaristo Peñalva, quien era considerado uno de los principales estancieros del lugar.

El aspecto de aquella población, tal como la contemplé ese día, no se ha borrado de mi memoria. Veo la larga y chata casa de adobe, alzándose sobre la llanura sin árboles, con sólo tres vetustas acacias, medio secas y torcidas, creciendo cerca de ella; un poco más distante se divisaba el corral para la hacienda y otro destinado a las ovejas. La casa exhibía aspecto tan pobre, desnudo y triste, sin jardín ni sombra, que cualquier pequeño niño inglés se habría sonreído algo incrédulo al comunicársele que constituía la residencia de uno de los principales propietarios de la zona.

A caballo y libre del temor al vacaje bravo, de agudos cuernos, pasaba yo buena parte del tiempo por los campos, donde encontrábame con otros niños, que me llevaban a sus casas y me presentaban a sus familias. De esta manera, llegué a visitar esa solitaria estancia y conocí en ella a todos sus moradores, incluyendo al mismo don Evaristo, el amo y señor. En esa fecha, era Peñalva hombre de edad mediana, regular estatura, muy blanco, de largo pelo negro y barba entera, nariz recta, frente pura y ancha y grandes ojos oscuros. Lento y prudente en todos sus movimientos, serio, distinguido y ceremonioso en sus modales y lenguaje, sabíase, que no obstante su altivo continente, tenía carácter noble y apacible, mostrándose afable con todos, hasta con los pequeños, traviesos por naturaleza e inoportunos para con los mayores.

Y así fué que, a pesar de ser yo un niño muy pequeño y tímido, completamente extraño a la casa, logré enterarme de que no había por qué temer a don Evaristo.

Espero que el lector, olvidado ya de todo lo que aprendió sobre la vida doméstica de los patriarcas en la antigüedad, no se sentirá disgustado con el señor Peñalva, cuando yo empiece por informarle de que era el marido de seis mujeres. Todas vivían con él, en la misma casa. La primera, única con la que se le permitiera casarse por la iglesia, era tan vieja o quizá más que él; bastante arrugada, madre de varios hijos e hijas, algunos casados; Las otras evidenciaban diversas edades, siendo mellizas las dos más jóvenes, como de treinta años, llamándose ambas Ascensión, porque habían nacido en tal día del calendario. Tanto se identificaban estas dos Ascensiones, en cara y figura, que un día, siendo mayorcito, fui a la casa y encontrando a una de ellas, comencé a contarle algo. Estaba hablando cuando la llamaron. Más tarde, creyendo encontrarme al lado de la misma Ascensión, continué mi relato, prosiguiéndolo donde éste había quedado. Sólo cuando noté su mirada de sorpresa y curiosidad, pude comprender que estaba hablando con la hermana de aquella con quien antes conversara.

¿Cómo consideraban los vecinos a este hombre con sus seis mujeres? Lo estimaban y apreciaban las personas más humildes y las de su posición social. Si cualquiera de aquéllos, sin distinción de categoría, pasaba un apuro o una aflicción, o sufría alguna herida o enfermedad, se dirigía a don Evaristo en busca, según el caso de consejo, asistencia o remedios, y si la enfermedad asumía extrema gravedad, le llamaban para que fuese a escribir su última voluntad y testamento. Dominaba don Evaristo las letras y gozaba reputación de hombre

leído entre los gauchos. Lo consideraban mejor que a cualquier otro convecino que ostentara el título de doctor.

Recuerdo que su remedio para la culebrilla²⁹, dolencia muy común y peligrosa en esa región, se consideraba infalible. El mal consistía en una erupción parecida a la erisipela, que salía en medio del cuerpo, extendiéndose alrededor de la cintura, hasta formar un perfecto círculo. "Si la banda no está completa, puedo curar el mal", exclamaba don Evaristo. Mandaba entonces a alguno que se procurara en el arroyo un sapo de buen tamaño, y haciendo que el paciente se desnudara, tomaba pluma y tinta y escribía en la piel, con letras gruesas, en el espacio entre las dos puntas de la región inflamada, las palabras: "En el nombre del Padre, etc." Realizado esto, tomaba el sapo en sus manos y, suavemente, lo frotaba por la parte enferma. El animal, enojadísimo por este tratamiento, se hinchaba casi a punto de reventar, derramando una secreción lechosa por su averrugada piel. ¡Y con sólo este procedimiento el paciente mejoraba!

Así pues, de agradecerle a un personaje como aquél, el tener seis mujeres en vez de una, nada más justo y propio que las tuviera. Nadie podía, por este motivo, atreverse a negar su bondad, su sabiduría y su fe religiosa. Podría añadirse que don Evaristo, como Enrique VIII, que también tuvo seis mujeres, no dejaba de ser un hombre virtuoso. La única diferencia estribaba en que, cuando deseaba el señor Peñalva una nueva cónyuge, no se deshacía de ninguna de las otras incluidas en su elenco marital.

Perdí de vista a don Evaristo cuando yo contaba dieciséis años, al irnos a vivir a otro pago, como a diez leguas de nuestro antiguo hogar. Hallábase el señor Peñalva, justamente entonces, al final del período medio de la vida y ya con unas pocas canas que asomaban en su negra barba. Continuaba siendo todavía un hombre fuerte y más niños seguían agregándose a su numerosa familia. Posteriormente, oí que él había adquirido una segunda estancia, la cual distaba un día largo de viaje a caballo, de la primera, y que algunas de sus mujeres y niños habían emigrado a ella, repartiendo él su tiempo entre los dos establecimientos. Su gente no se encontraba enteramente separada una de otra. De vez en cuando, algunos de los integrantes de aquella extensa y entrelazada familia efectuaban el largo viaje, para visitar a los ausentes y, de este modo, tenía lugar un cambio de visitas entre ellos. Aunque parezca increíble, en esencia componían, o aparentaban componer, una familia unida.

Siete años transcurrieron. Un día, regresando a casa, de la frontera sur, con sólo dos caballos, uno se cansó, obligándome a dejarlo en el camino. Me alojé esa noche en una pequeña pulpería, donde fui hospitalariamente atendido por el patrón, quien resultó ser inglés. Había vivido éste tanto tiempo entre los gauchos, por haber abandonado su país muy joven, que casi había olvidado su propio idioma. Muchas veces, durante la noche, intentó hablar en inglés, utilizando la oportunidad de recordar la lengua materna, pero después de una o dos frases, le faltaba la palabra requerida y veíase obligado a pronunciarla en español, reanudando la conversación en este idioma hasta que, advirtiendo el cambio, tornaba al inglés.

Charlando amistosamente de sobremesa, manifesté la intención de madrugar para cubrir algunas leguas con la fresca, dado que el tiempo estaba muy caluroso y tenía que contemplar mi único caballo. Díjome entonces el pulpero que sentía mucho no poder proporcionarme otro animal, pero que en una de las estancias que cruzaría a la mañana siguiente indudablemente encontraría uno. Agregó que, en

²⁹ Herpes zooster. — N. del T.

una hora y media o dos, podría llegar a "La Paja Brava", donde había cantidad de caballos de silla.

Realmente me satisfizo la noticia. "La Paja Brava" era el nombre de la estancia que mi antiguo amigo y vecino don Evaristo comprara varios años antes y seguramente me encontraría allí con alguien de la familia que me diera un caballo y lo que pudiera necesitar.

Cuando al otro día fui acercándome a la casa, recordé el antiguo hogar de los Peñalva, a muchas leguas de distancia. Más solitaria y triste, en apariencia, se presentaba "La Paja Brava", en la que no crecía ni siquiera una acacia para hacerla menos desolada. La llanura, a su alrededor, hasta donde abarcaba la vista, era absolutamente plana y sin árboles. El corto pasto amarilleaba, quemado por el sol de enero, mientras en un jagüel, a media milla de distancia, la hacienda se arremolinaba en gran número, mugiendo de sed y levantando nubes de polvo en su esfuerzo para acercarse al bebedero.

Encontré al mismo don Evaristo en la casa, y con él, a la primera y más vieja de sus mujeres y varios de los niños ya crecidos. Observé, con tristeza, el cambio operado en mi antiguo amigo. Había envejecido mucho en siete años, Su cara era blanca como el alabastro y la espesa barba y su larga cabellera hallábanse muy canosas. Sufría el señor Peñalva de un mal interno y pasaba la mayor parte del día en la gran cocina, sentado en una silla de hamaca. Manteníase lumbre permanente en el fogón, instalado en el centro del piso de tierra. Las mujeres servían mate, haciendo su trabajo silenciosamente y hablando muy de tarde en tarde. Sin cesar, hombres jóvenes y muchachos grandes entraban y salían de a uno o dos a la vez para tomar mate, fumar y dar las noticias, cómo estaba el jagüel, cuánto tiempo duraría el agua, el aspecto de la hacienda, los caballos extraviados y así sucesivamente.

La mujer también había envejecido, Su cara morena y angustiada, se había cubierto de pequeñas arrugas entrelazadas. El cambio más grande, sin duda, fué el de la hija mayor, Cipriana, que constantemente vivía ahora en "La Paja Brava". Su madre, que tenía una leve corriente de sangre africana en las venas, había transmitido a su hija, una mujer alta, con pelo sin lustre y crespo, de un color hierro forjado, boca grande y voluptuosa, cutis moreno pálido y ojos oscuros y melancólicos.

Yo recordaba que ella no había sido siempre triste. La evocaba en todo su esplendor, imponente en su apostura simpática, con los ojos brillantes de intenso fuego y pasión. A pesar de sus facciones toscas y de su cutis moreno, poseía en la época pretérita una especie de extraña y salvaje belleza, que atraía a los hombres. Desgraciadamente, depositó sus afectos en un arrogante gaucho joven, que, aun cuando sin bienes ni hacienda, tenía una linda apariencia, especialmente cuando montado, caballo y caballero, resplandecían de plata. La última vez que la vi fué en verano, un domingo por la mañana, cruzando un cardal de diez pies de altura en plena florecencia y que llenaba el aire con su perfume. Allí, en sitio abierto y hermoso, habíame desmontado para observar un halcón, animado por la esperanza de encontrar su nido entre los cardos cercanos, cuando vi dos personas que venían al galope largo por una angosta senda, cerciorándome, al llegar ellos donde yo estaba, que eran Cipriana, vestida de blanco, montada en un doradillo de gran alzada, precedida por su amante. Al verme diéronme los "buenos días" y siguieron galopando, riéndose alegremente del inesperado encuentro. Y yo la evoco ahora, surgiendo espléndida y atractiva, con aquel vestido blanco, plena de vida y excitación, bajo los rayos del ardiente sol, con la cara sonrosada por el calor y cabalgando su brioso pingo. Estaba realmente espléndida aquella mañana.

Pero Cipriana se entregó demasiado a su novio, y no habiendo congeniado, comenzaron las desavenencias, hasta que aquél, un buen día, se marchó para no volver más. Era muy duro para ella tener que enfrentarse con sus vecinos. De ahí que se fuera con su madre a vivir a la nueva estancia. Aun hoy, transcurrido tanto tiempo, me causa pena recordarla y revivir su imagen en mi mente, tal como la vi en aquella casual visita a "La Paja Brava".

Todas las tardes, durante mi corta permanencia en el establecimiento, después que se cebaba el mate y quedaba un largo intervalo antes de la noche, salía Cipriana por la tranquera, a una distancia de cincuenta o sesenta metros, hasta el lugar donde un viejo tronco yacía tumbado sobre terreno inculto, en el que crecían las ortigas, las bardanas y el yuyo colorado, y allí, sentada, el mentón descansando en la mano, fijaba su vista en el polvoriento camino, distante algunas cuadras, e inmóvil en aquella abatida actitud, se dejaba estar alrededor de una hora. Si se la observaba atentamente, notábase que sus labios se movían y, al aproximarse, podía oírse su velada voz conversando consigo misma, sin sacar la vista de la huella y pareciendo no darse cuenta de nada de lo que la rodeaba. Pasado el acceso o sueño, se levantaba y volvía, a la casa. Tornaba muy tranquila a sus tareas. Con las otras mujeres preparaba la gran comida del día — la tardía cena, compuesta de carne asada y cocida — para cuando todos los hombres hubieran regresado del campo.

Ha sido aquélla la última vez que vi a Cipriana. Cuál fué su fin, nunca lo supe, ni lo que hicieron los sucesores con "La Paja Brava", después de la muerte de don Evaristo, quien se reunió con sus antepasados un año después de mi visita. Solamente sé que el viejo lugar en que de niño lo conocí, donde pastoreaban sus vacas y sus tropillas, y el arroyo, lleno de garzas, cucharetas, cisnes de cuello negro y bandadas de lustrosos ibis grandes y azules, de resonante gritar, está ahora en poder de extranjeros que destruyen todas las aves silvestres y siembran cereales para los mercados de Europa.

Capítulo XIV

Un árbol favorito para trepar. - El deseo de volar. - Pájaros remontadores. - Halcón peregrino. - El palomar y los pasteles de pichones. Pillaje del halcón. - Magnífica hazaña aérea. - Un oculto enemigo del palomar. - Un lechuzón en el attillo. - Mi padre y los pájaros. Una flor extraña. - El nido de la lechuza. - Visita del lechuzón.

EL PALOMAR

Lindando con el foso, al final del terreno circuido por éste, crecía un gran sauce colorado, que ya mencioné en un capítulo anterior como el segundo árbol del monte en tamaño, Tenía el tronco grueso y redondo, ramas extendidas y horizontales y áspera corteza. Por su forma, durante la época en que el fino follaje desaparecía, semejábase más a una vieja encina que a un sauce colorado. Fué mi árbol favorito una vez que hube aprendido el difícil arte de trepar. Se hallaba distante de la casa, entre un yuyal y en sitio que nadie visitaba, circunstancia que lo hacía ideal para mí. Cuando me sentía dominado por el salvaje humor arbóreo, trepaba al sauce para buscar en lo alto una buena rama firme donde pasar una hora contemplando el bello espectáculo de la vasta y verde llanura, de las majadas y rodeos pastoreando, de las casas y de los montes de álamos que se veían a lo lejos. También en aquel árbol experimenté por primera vez el deseo de tener alas. Soñé con el placer que causaría subir en círculo hacia arriba, a una gran altura y flotar en el aire sin esfuerzo, como la gaviota, como la lechuza, como el halcón y como otras grandes aves de la tierra y del agua. Pero, desde el momento en que tal idea empezó a gustarme, al que envidiaba preferentemente era el gran chajá que habitaba entonces en todos los pantanos de nuestra vecindad. Ave tan grande o más que un ganso y casi tan pesada como yo, cuando deseaba volar, se alzaba del suelo con gran trabajo y a medida que se elevaba a mayor altura aparecía de un tamaño no superior al de la calandria o al de la cachirla. Continuaba, a esa enorme elevación, planeando y dando vueltas y vueltas en grandes círculos, durante horas, lanzando a intervalos gritos llenos de júbilo, que, para los que estábamos abajo, revestían el sonido de una trompeta celestial. Yo anhelaba alzarme de la tierra como ese pesado pájaro y ascender alto, muy alto, hasta que el aire azul me mantuviera flotando, balanceándome todo el día como él, sin trabajo y sin

esfuerzo. Tan seductor afán lo sustenté toda mi vida. Sin embargo, nunca he querido volar en globo o aeroplano, porque en uno u otro aparato estaría ligado a una máquina sin tener voluntad o alma propia. Mi deseo ha sido satisfecho sólo muy raras veces, en sueños, experimentando el fenómeno llamado de levitación, según el cual uno se eleva y flota sobre la tierra, como la pelusa de la flor del cardo llevada por el viento.

Mi sauce favorito constituía la guarida preferida de un halcón peregrino, hembra grande y hermosa, que pasaba algunos meses del año entre nosotros y cotidianamente descansaba en él durante horas. Resultaba un árbol ideal para ese pájaro, no solamente porque estaba en lugar tranquilo, donde podía permanecer con seguridad durante las horas calurosas, sino también por el atractivo del gran número de palomas que teníamos. El palomar, edificio redondo en forma de torre, blanqueado por fuera y con una pequeña puerta que siempre estaba cerrada con llave, hallábase frecuentemente ocupado por cuatrocientas o quinientas aves.

Nada nos costaba mantenerlas y nunca se les daba de comer. Ellas se procuraban la subsistencia en la llanura. Siendo grandes voladoras, y acostumbradas a los peligros del campo abierto — en el que abundaban los pájaros de presa — se alejaban en grupos de una docena o más, a sus distantes comederos. Cuando salíamos a caballo, nos encontrábamos con tales bandadas a muchas cuadras de nuestra casa y sabíamos que nos pertenecían porque nadie más en el vecindario tenía palomas. Eran muy apreciadas, especialmente por mi padre, quien prefería un pichón asado a las chuletas de cordero para el almuerzo y mucho le agradaba el pastel de pichones. Una o dos veces por semana, según la estación, se sacaban del palomar — para ser puestos en un pastel de tamaño gigantesco — dieciocho o veinte pichones, listos para dejar el nido, y éste era, por lo general, el mejor plato que podíamos ofrecer cuando teníamos invitados.

El halcón, en las temporadas que pasaba en nuestra vecindad, atacaba todos los días a las palomas. Mi padre, a pesar de que esta pillería le disgustaba, no hacía nada para evitarla. Acaso pensara que uno o dos pájaros al día no importaba mucho, ya que disponíamos de tantos. El halcón tenía por costumbre — después de dormitar algunas horas en el sauce — volar hacia arriba, en la altura describía círculos sobre las casas. Las palomas, poseídas de pánico, se remontaban como una nube para escapar de su implacable enemigo. Y esto era exactamente lo que él quería que hicieran. Tan pronto como subían a la altura requerida, se echaba sobre la presa y escogía la víctima, derribándola con un golpe de sus garras lacerantes. La paloma se desplomaba como una piedra y el halcón, después de una pausa en el aire, caía tras ella y la cogía en sus garras, antes de que tocara la copa de los árboles, llevándosela campo afuera, para comerla con comodidad. Aquel espectáculo magnífico, a pesar de que lo presenciaba a menudo, siempre me excitaba.

Un día, mi padre fué al galpón, construcción grande en forma de granero, que se usaba para guardar leña, cueros y cerda, y viéndole subir la escalera lo seguí. Era un lugar inmenso. Sólo había en él, a un lado, una gran cantidad de cajones vacíos y al otro, barriles que habían contenido harina. Mi padre empezó a caminar entre los cajones. Luego me llamó para ver un pichón, aparentemente recién muerto, que había encontrado en uno de ellos. "¿Cómo pudo llegar hasta aquí?", se preguntó. "Las ratas, sin duda — agregó —, pero ¡qué extraño!" Parecía increíble que un ratón, por grande que fuese, hubiera podido escalar el palomar, matar un pichón, arrastrarlo a una distancia de veinticinco metros; después, subir con él al piso alto y por último, en pos de tanto trabajo, abandonarlo sin comérselo. El asombro aumentó cuando empezó a encontrar más